MUNUZA.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS.

PERSONAS.	ACTORES.
Munuza, Gobernador de Gijon	Sr. Antonio Robles.
Pelayo, Duque de Cantabria	Sr. Joseph Huerta.
Ormesinda, hermana de Pelayo	Sra. Maria del Rosario.
Rogundo, Señor principal de Gijon	Sr. Isidoro Maiquez.
Suero, amigo de Pelayo	Sr. Vicente Garcia.
Acmeth-Zadé, Xefe de la guardia del Gobernador	Sr. Tomás Ramos.
Kerim, Oficial Moro	Sr. Vicente Romero.
Ingunda, confidenta de Ormesinda	Sra. Josefa Luna.
Guardias de Munuza	
Ciudadanos de Gijon	

El Teatro representará una parte del palacio del Gobernador, en cuyo átrio se supone la Escena; otra un resto de la Ciudad de Gijon, y en él un fuerte que domine la marina, que deberá descubrirse en el fondo de la Escena.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Rogundo, Suero.

Rog. No culpes mis temores noble Suero;
siempre la desconfianza, y los cuidados
habitan en los pechos infelices;
mas ya nada recelo.
Suer. D. Pelayo
conoce mi lealtad: Señor, la carta
que os traigo desde Cordova, probaros
debe su confianza, y mi obediencia.
Si supierais, Rogundo, quan turbado
queda su corazon! Apenas puso
vuestras ultimas cartas en su mano
el fiel Egila, quando á su presencia
me hizo llamar; me dixo: » Suero amado,
» parte al punto á Gijon; dile á Rogundo,
» que queda mi amistad acelerando
» la conclusion de todos los negocios
» para volver á Asturias. Que entre tanto
» resista las ideas de Munuza,
» y en fin, que si recela algun osado
» intento de su parte, que efectue
» sin mi presencia el prometido lazo
» con mi hermana Ormesinda « con sus cartas
tomé al punto el camino; pero en vano
os lo repito, siempre receloso
dudais de mi lealtad.
Rog. En los quebrantos
que padece la patria, noble Suero,
debemos recelar de todo quanto
se pone á nuestra vista. De Munuza
la politica diestra ha grangeado
algunos corazones con astucias;
solo los que se humillan á su mando
logran su confianza, los leales

viven entre cadenas; sin embargo,
yo fio en tu lealtad; nadie nos oye,
mirando á todas partes.
Munuza va á oprimirnos: si Pelayo
tarda en volver á Asturias, llora-
remos
por su honor y su vida.
Suer. Oh Dios sagrado!
Pues qué puede intentar?
Rog. Oyeme atento:
aquel dia terrible y tan infausto
para la triste España, en que Ro-
drigo (no,
rindió al furor del bárbaro Africa-
nuestra gloria, su vida, y su co-
rona; (nos
aquel dia sangriento en que los lla-
de Xerez, se sintieron oprimidos
de cadaveres Godos, cuyos brazos
debilitó la cólera del cielo; (do
aquel dia infeliz en que aumentan-
con la sangre Española sus corrien-
tes,
vió el turbio Guadalete, revolcados
en su cieno los miseros despojos
del mejor trono, y mas ilustre
campo;
aquel dia por fin tan lamentable,
que fué la época triste del estrago,
en que yace la Patria; desde en-
tonces
las armas Sarracenas inundaron
todas nuestras Provincias; no hu-
bo Plaza (lados
que no viese en su alcazar tremo-
los pendones Alarbes, y aun noso-
tros, (rados,
que al Septentrion de España reti-
(y al abrigo de rocas y montañas)
opusimos los pechos Asturianos
por ultima defensa á sus violencias,
nos vimos oprimir de los contra-
rios,
y sufrimos el peso de su yugo;
el robo, el sacrilegio, el desacato
y la profanacion, fueron resultas
del triunfo de los barbaros, que-
mados
los templos, insultadas las Matro-
nas,
y violadas las Virgenes, lloraron
las tristes consequencias de aquel
dia:
dia infeliz, con sangre señalado (do
en los fastos de España! tu recuer-
triste origen será de eterno llanto!
Hecho el Moro Señor de toda Es-
paña,
pensó en otras conquistas, y aspi-
rando
soberbio á dominar el universo,
pasó los Pirineos; hoy los Francos
sienten toda la furia de sus golpes:
mientras ellos formaban temerarios
tan altivos proyectos, esta Plaza
que siempre fué de su ambicion
el blanco,
quedó sujeta al desleal Munuza,
y una porcion escasa de Africanos
que la guarnecen. Todos por en-
tonces
viviamos tranquilos, esperando
de nuestra libertad el oportuno
y dichoso momento. Ah! quan er-
rados
caminan en su juicio los mortales!
Tú sabes bien que apenas respira-
mos
lexos del vencedor, y que Munuza
que gobierna á Gijon, tomó á su
cargo
el agrabarnos tan pesado yugo;
quándo (ó ciega ambicion de los
humanos!)
triunfará la virtud de tus esfuerzos!
Podrás creerlo: este cruel sectario
del comun opresor, duro instru-
mento
del impio furor del Africano,
traidor á España, á la virtud, y al
cielo,
quiere elevar un trono soberano
sobre las tristes ruinas de su Patria.
De este intento murmuran ya los
cabos (tro
Moriscos sin embozo, pero él dies-
los

los sabe deslumbrar. Ah! si entre
tanto
no abrigase en su pecho otras ideas,
fuera menos temible; pero osado
su corazon, aspira á mayor dicha.
No lo dudes amigo: este tirano
triunfa, conspira; y quiere sobre
todo
enlazarse á la sangre de Pelayo.
Suer. Qué me dices?
Rog. Sí amigo, de su hermana
á qualquier precio logrará la mano.
Apenas de Gijon salió el Infante
empezó con obsequios reiterados
á tentar la constancia de Ormesin-
da.
Político y amante, le observamos
emplear por vencerla, hasta el sus-
piro; (dados
pero viendo despues que sus cui-
se hacian importunos, cauteloso
los suspendió del todo, y entre
tanto (yecto
nos da tal qual indicio de un pro-
que me llena de horror y sobre-
salto. (dos,
Oh justo Dios! La sangre de los Go-
que nuestros nobles pechos conser-
varon,
el premio á mis lealtades ofrecido,
vendrá á colmar las dichas de un
tirano! (nuza,
Suer. Pero, Señor, podrá olvidar Mu-
que esta Princesa desde tiernos años
está ofrecida á vos? que solo faltan
las santas ceremonias para que am-
bos
os unais en un lazo indisoluble
pues qué vuestro valor, el de Pe-
layo, (santa
la promesa, el honor, la amistad
y la fé exponsalicia?....
Rog. Tan sagrados
vinculos no detienen á un impio,
y quién podrá hacer frente á sus
conatos?
Siguiendo una política perversa,
este fiero opresor, ha procurado
separar los estorvos, que pudieran
oponerse á su furia. Soberano,
absoluto del fuerte, y de las tropas,
socolor de inquietud aprisionados
los mas de nuestros nobles, detenido
en Cordova Pelayo, el gran Pelayo
que seria nuestra única esperanza;
quién nos dará socorro? Quién li-
brarnos (cielo
podrá de tanto riesgo? El mismo
contra nuestros delitos irritado,
nos entrega al furor de los infieles,
y abandonando su piadoso brazo
la nacion, otras veces protegida,
aun esta esclavitud que toleramos,
es por ventura el miserable fruto
de los excesos nuestros.
Suer. Y entre tanto (pleo
será de nuestro aliento unico em-
la debil queja? Nuestro enojo airado
aprobará el desprecio de las leyes?
Podreis sufrir vos mismo que vio-
lando
los vinculos mas santos, un perjuro
os venga á arrebatar de entre los
brazos, (posa?
con mano infiel, la prometida es-
Que el vil Munuza junte temerario
á su sangre, la sangre de los Godos,
y este ilustre depósito fiado
al valor Asturiano, esta reliquia
de la estirpe real, será un temprano
fruto de sus traiciones, mientras
quietos,
llenos los ojos de un cobarde llanto
miramos el mayor de nuestros ma-
les? (fragio
Miserable de aquel que en el nau-
de nuestra gloria ceda á la tor-
menta! (hidalgo
No Señor, aun nos resta el medio
de ofrecer nuestra vida por las le-
yes, (layo,
los templos, y el honor. Sepa Pe-
que el suyo aunque esté ausente,
en todo trance,
merece nuestro aprecio.
Rog. Honor sagrado!

podrá ser nuestra sangre digno pre-
cio (alabo
de tu conservacion? Suero, yo
tus consejos, y en ellos reconozco
qual es mi obligacion; pero has
pensado (ra
que yo soy tan cobarde que prefie-
la ignominia á la muerte? No, cor-
ramos,
entremos en palacio, yo pretendo
ponerme en la presencia del tirano,
á arguir su perfidia.

Suer. Todavia
es temprano, Rogundo, mas des-
pacio:
las heroicas empresas se meditan;
el ardor juvenil de vuestros años,
os puede ser fatal, si la prudencia
no le sirve de guia. Disfrazando
Munuza sus ideas, con el velo
de una falsa amistad, ha procurado
ocultarlas á todos, y no es justo
que intempestivamente le arguya-
mos
por un delito, de que solo es reo,
allá en su corazon. Al que es mal-
vado,
sus mismos artificios le descubren,
sus empeños le acusan. Si entre
tanto
llegase á penetrar vuestros recelos,
ó si vuestro dolor fiais al labio,
peligrará sin duda nuestra empresa;
sabrá Munuza precaverse, y quando
corramos á echar mano del reme-
dio, (charnos:
ya no podrá el remedio aprove-
solo ahora conviene el disimulo;
vivan nuestros temores sepultados
en el fondo del pecho. En adelante
Dios abrirá camino.

Rog. Los cuidados
que llenaban mi alma de amargura,
se templan con tus voces. Yo des-
canso
en tu noble lealtad, y tus consejos.
Observemos, amigo, del malvado
Munuza las obscuras intenciones,
leamos sus ideas. Entre tanto
yo voy á consolar á la Princesa,
y á contarla tu arribo. De Palacio
debe salir Munuza, y no quisiera
que viese en mi semblante sus cui-
dados.

Suer. Idos, y no temais. Yo aqui le
espero
para hablarle de parte de Pelayo,
y por que mi venida no le sea
sospechosa.... Ya llega.... Retiraos.

ESCENA SEGUNDA.

Munuza. Acmeth-Zadé. Suero. Guardias.

Mun. Qué me dices Acmeth?

Acm. Señor, yo mismo
le ví llegar.... Pero si no me engaño
vedle alli.... aquel es Suero.

Mun. Te aseguro, (do.
que su arribo me causa algun cuida-
acercandose.

Suer. El Duque de Cantabria, deseoso
de que sepais el favorable estado
de sus ajustes con Tarif, me envia
à vos....

Mun. Pues cómo? á donde está Pelayo?

Suer. En Cordova, Señor, y su em-
baxada
se va ya à fenecer.

Mun. Pero ha pensado
sin mi órden.....

Suer. Quando haya concluido
todas las comisiones de su encargo,
no deberá esperar órden alguna
para volver á Asturias. Los cuidados
de su casa, y el ruego de Ormesinda,
claman por su regreso; sin embargo,
no se qué diferencias suscitadas
por el Gefe Agareno le obligaron
á detenerse en Cordova.

Mun. Si. Aun debe
permanecer alli por tiempo largo:
los intereses suyos y los mios (mano
y el bien de este Pais, todo está en
de Tarif; él le hará volver á Asturias
lleno de su favor. Pero Pelayo,

se

se halla en Cordova bien? De qué
manera
los Moros Andaluces le han tratado?
Suer. Bien conocen, Señor, todos los
Moros
el mérito del Duque; pero quando
á pesar de su sangre, sus virtudes
y la opinion que le adquirió su brazo
quisieran escasearle los obsequios,
solo en vuestra amistad funda el
mas alto
derecho á sus aplauso y favores.
Sin embargo, el amor que profesamos
todos á sus virtudes, las continuas
instancias de su hermana, y el cuidado
de repetiros nuevos testimonios
de su amistad, pudieron algun tanto
disgustarle de aquella residencia.
Tambien han concurrido sus vasallos
à turbar su sosiego: de Vizcaya
le avisan, que la guerra en sus estados
ha vuelto á renacer. Que Eudon y
Pedro (bos
(nobles de aquel Pais) conspiran am-
por lograr del Ducado las insignias,
y aun que los naturales à Pelayo
se conservaban fieles, su presencia
es alli indispensable mientras tanto
que duran las facciones: y quién sabe
Señor, si acaso tienen sus cuidados
un origen mas grave y mas oculto?
Mun. Es justa su inquietud, pero el
tratado
que ajusta con Tarif, dentro de poco
podrá suministrarle medios hartos
de mejorar su casa y su fortuna.
Con mi amistad, y la del Africano
(deshecho de dos deviles ribales)
gozará sin recelo unos estados,
que contra nuestro gusto no pudiera
conservar mucho tiempo; otros
mas altos
honores serán paga de su celo;
yo puedo asegurarlo. Y entre tanto
no me olvido del vuestro. Cuidad
mucho (paro
de merecer los premios que os pre-
y no los malogreis... Idos.

ESCENA TERCERA.

Munuza, Acmeth-Zadé.

Mun. Amigo,
las noticias de Suero has escuchado?
Conozco, que la suerte favorece
mis altivos proyectos; muy en vano
querrá volver Pelayo à ser objeto
del amor de estos fieros Ciudadanos
rebeldes siempre al Agareno yugo:
al eco de mi voz iran notando
desde hoy quien es Munuza.
Acm. Yo no creo, (merario
Señor, que aya en Gijon quin te-
ose poner en duda vuestro esfuerzo.
Vos sois aqui un Monarca, todo el
mando de tierra y mar teneis en es-
ta plaza;
la guarnicion, el fuerte, los soldados
y las galeras todo os obedece.
Aun fuera de Gijon, solo un escaso
número de rebeldes se resiste
á daros la obediencia, y retirados
á los asperos montes alli logran
un triste asilo en sus horribles antros;
pero toda la costa se os humilla (no
y à vuestra voz rendido el Asturia-
ni aun se atreve á llorar su cautiverio.
Mun. Y qué? Porque los miras humi-
llados,
te parece que puede su silencio (llos
sosegar mi inquietud? No: los vasa-
que sojuzga el derecho de la guerra,
à su primer gobierno aficionados,
idolatran la sangre de los Reyes
que les daban la ley; siempre aspi-
rando
à recobrar el yugo primitivo,
abrigan en su pecho los mas falsos
y perfidos designios. Poco importa
que afecten someterse voluntarios
á una nueva coyunda; su obediencia
siempre es hija de un animo forzado:
el temor del castigo puede solo
repimir su furor, y en estos casos
nunca ha sido prudente la blandura.
Acm. Pero, Señor, por qué con tal
cuidado

alejais de Gijon al de Cantabria?
Yo me acuerdo de un tiempo en que
Pelayo (bre
derramaba absoluto en vuestro nom-
favores y mercedes , entre tanto
que vos enamorado de Ormesinda
(sufrid que os lo recuerde) erais es-
clavo
de su tibio desden , y sus rigores.
Mun. Yo lo confieso, Acmeth, el dul-
ce encanto
de sus ojos , su noble compostura
y otros mil atractivos soberanos,
que brillan en su rostro, à su belleza
mi pecho y mi alvedrio sujetaron;
pero este mismo amor es el motivo
que tiene ausente en Cordova à su
hermano.
Acm. El amor de Ormseinda?
Mun. Si , No culpes (abraso:
querido Acmeth, el fuego en que me
yo la adoro. Yo sé que me aborrece;
sé que espera Rogundo de su mano
la dulce posesion. Pero no obstante,
à pesar de Rogundo y de Pelayo,
de su mismo desdén, y de mi gloria,
pretendo ser su esposo.
Acm. Cielo santo!
Vos su esposo , Señor?
Mun. Sí , estoi resuelto: (lacio
y antes que acabe el dia , á mi pa-
vendrá, donde le rinda humildes cul-
este Pueblo feroz: he decretado (tos
colocarla en mi lecho , ya lo dixe;
ved si debí apartarla de su hermano,
y aun librarme en Gijon de otros
estorvos. (traño:
Vos estais sorprehendido, no lo ex-
la idea es peligrosa , mas supuesto
que mi poder y el fuego en que me
abraso,
exîgen este enlace , no hay peligro
que me pueda estorvar executarlo:
unido yo á la estirpe de los Godos
por el ilustre enlace de su mano,
á pesar de Pelayo vendrá un tiempo
en que mi amor reuna los sagrados
derechos de la sangre y de la guerra.
Ah! si todas las ansias que consagro
à esta amable Princesa, si mis ruegos,
mi eterna gratitud, mi humilde llanto
ablandan su desden , si yo consigo
interesar el pecho que idolatro,
qué triunfo para mi tan alagueño!
Acm. Perdonadme, Señor, si recelando
de esta pasion las tristes conseqüen-
cias, (salto
me atrevo á combatirla : el sobre-
que ha producido en mí vuestro
discurso (do
me tiene sin aliento.... Desde quán-
pudo un ilustre pecho endurecido
debaxo del arnés rendirse incauto
à las leyes de amor? qué; sufriremos
el rubor de mirar que los encantos
de una belleza , humillen vuestro
orgullo?
Y veremos sentada à vuestro lado
à una muger altiva que os desprecia?
Vos os vais á perder: os lo declaro:
este pueblo orgulloso que idolatra
la sangre de los Godos , sin reparo
se opondrá á vuestro intento, y aun
los mismos
que sin rumor vivieron despojados
de hacienda y libertad , harán fu-
riosos
las ultimas violencias y atentados
por conservar su honor. Estos in-
sultos (no
fomentará Rogundo á quien la ma-
de Ormesinda robais. Pero vos mis-
mo
despreciareis las iras de Pelayo?
Y quando su amistad no se interese
no temereis su odio ? Venerado
por los nobles de Asturias, como un
resto
de la sangre real , solo en su brazo
funda España su última esperanza.
Nacido al pie del Trono, los palacios
de sus Reyes , le vieron en la cuna:
nuestras mismas victorias irritaron
su ánimo marcial. Nuestras trinche-
ras
vieron crecer este Heroe peleando
al

al lado de Rodrigo, y su ardimiento
no abandonó las armas, hasta tanto
que miró subyugados de su patria
los ultimos confines. Retirado
á los montes de Asturias, tiene aliento
de dexarse rogar, y aun de negaros
la mano de Ormesinda, y vos, no
obstante, (amor
despreciais su rencor? Señor, yo os
en vuestra gloria humilde me intereso,
pero temo....

Mun. Ya lo he reflexîonado;
no receles Acmeth, están tomadas
las mejores medidas.

Acm. Pero, acaso.
los nobles de Gijon.....

Mun. Los mas altivos,
gimen en el castillo aprisionados
baxo algunos pretextos especiosos;
y ya no temo el brio de su brazo,
que oprimen y enflaquecen las cade-
nas.
Mi cautela alexó de aqui á Pelayo,
y el celo de Tarif sabrá burlarse
de sus solicitudes, prolongando (til.
la conclusion de una embaxada inu-
Si pretende Rogundo temerario
alegar la razon de sus derechos,
no sabré yo oprimirlo y aplacarlo?
Y quando en fin todo este feroz pue-
blo
osare resistirme, los soldados (to.
que lo guarnecen salvarán mi inten-
La menor inquietud pondrá á mi lado
los Moros que se esparcen á la orilla
del golfo de Cantabria. A congre-
garlos (to,
partió Kerim, que volverá mui pres-
nada me da temor; si con alhagos
puedo vencer el pecho de Ormesinda
será feliz mi suerte, mas si tantos
desvelos no la obligan, si no logro
la posesion de su adorable mano,
tiemble de mi furor España toda.
Esto ha de ser Acmeth. A este palacio
debes tú conducirla de mi órden,
ve á decirla mi amor y mis cuidados,
implora su piedad, mas sobre todo,
si no bastan el ruego y el engaño,
usarás del poder y la violencia.
Kerim llega. Ya es tiempo, retiraos.

ESCENA QUARTA.

Munuza. Kerim.

Ker. He corrido, Señor, en vuestro
nombre,
desde la triple ara, que el Romano
Apuleyo erigió en honor de Au-
gusto,
hasta el último puerto colocado,
sobre el inquieto Occeano de As-
turias; (go
las tropas Sarracenas, que á su car-
tiene el fuerte Alahor en esta costa,
se van ya de su órden congregando,
y estarán prontas al primer aviso:
impacientes y altivos los soldados,
esperan alcanzar el honor alto
de seguir vuestra órden.

Mun. Yo agradezco (tanto
su zelo y tu obediencia. Mientras
que tomo otras medidas, ve al
castillo,
repasa su custodia, y á palacio
vuelve despues á preparar la guardia;
sobre todo Kerim, sigue los pasos
de Rogundo, y observa sus ac-
ciones. (formaros.
Acmeth, de lo demas podrá in-

ESCENA QUINTA.

Munuza.

Mun. En fin, bella Ormesinda, estos
desvelos, (abraso,
esta ardiente inquietud en que me
me abrirán un camino para el tro-
no. (mano
Yo aspiro á ser tu esposo, mas mi
no osaria enlazarse con la tuya,
sino ganase un cetro. Ah! si al
alhago
de regirle se ablandan tus desdenes,
dichosa la inquietud que te consa-
gro;

de Gijon los sobérbios moradores
te verán en mi Corte , y á mi lado
ceñida la diadema , en tu presencia
doblarán la rodilla , y enlazados
de nuevo los leones y las lunas,
serán en mis insignas el espanto
de los pechos rebeldes. Miserable
del que á mi amor se oponga teme-
rario.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Ormesinda. Ingunda.

Ormesinda se dexa ver en el fondo del teatro, con ayre muy triste y doloroso, se va acercando al frente de la Escena, con mucha pausa, Ingunda la sigue demonstrando tambien su sentimiento con algunos ademanes de compasion.

Orm. A dónde estoy ? A qué mansion
horrible . (ciertos
me han conducido? Apenas los in-
pasos puede formar el pie cobar-
de.... (miedo
Por todas partes el pavor , y el
se ofrecen á mis ojos , donde envia
la triste luz un resplandor funes-
to... (tino!
Para este nuevo horror...Cruel des-
me vuelves á la vida?... Yo preveo
los mas terribles y funestos males
que me prepara un opresor vio-
lento, (tio,
y expuesta mi inocencia en este si-
por blanco á sus furores, dudo , te-
mo,
y muero de dolor... A qué funesta
situacion me reduces! Oh hado ad-
verso! (mante!
Ay hermano infelíz! Ay triste a-
El dolor que amenaza vuestros pe-
chos,
redobla la amargura del que sufro.

Ing. Consolaos, Señora,y de mi afecto
oid la voz.

Orm. Ingunda , no interrumpas
el curso de las lagrimas que vierto:
combatida de angustias y temores,
solo hallará en el llanto algun con-
suelo
mi triste corazon.

Ing. Pero Señora, (to:
no os dexeis oprimir del sentimien-
yo miro enternecida vuestro llanto;
vuestro dolor es justo , os lo con-
fieso;
pero antes de ceder á una congoja,
es forzoso pensar en su remedio;
una bárbara órden de Munuza
os tiene en su palacio ; sus intentos
pueden congeturarse; sin embargo,
yo no creo, Señora , que violento
olvide en este dia quanto os debe
á vos , y á D. Pelayo de respetos;
quizá pretende solo...

Orm. Calla Ingunda,
dexa de atormentarme : el mas vio-
lento
insulto cometido en mi persona,
no me hará recelar? tus ojos vieron
con qué extremos de furia , y de
violencia (gos
me condujo su guardia : ni mis rue-
humildes , ni mis lagrimas amargas
pudieron reprimir el vil intento
del inflexíble Actmeth : abando-
nada
de mi familia , sola , sin consuelo,
y en un mortal desmayo sumergida,
á este odioso palacio me trageron
los crueles ministros de su órden,
y quando vuelvo á recobrar mi
aliento.... (sentan
Oh Dios ! Mira qué objetos se pre-
á mis ojos ! y qué temer no debo
que Munuza atropelle mi decoro?
Ah! despues de este arrojo sus in-
tentos (angustia,
quizá prontos... Pero ay! En esta
quién me dará favor? Querido due-
ño ?

tier-

tierno Rogundo! A dónde está tu
brio?
Ormesinda peligra. Un ribal fiero
insulta su virtud, y tú tranquilo
no corres á librarla? Qué el perverso
osará despreciar á la que adoras?
Pero triste de mí! Quizá el afecto
de Rogundo.... Quién sabe si du-
dudoso
ya no aspira á lograr un himeneo,
que ha de costarle riesgos y com-
bates?
No lo dudes Ingunda; este silencio
que reyna en el palacio de Munuza,
convence mi desdicha; los ex-
tremos
y furias de Rogundo deberian
ser una prueba de sus ansias. Pero
Rogundo ya no me ama, y me
abandona. (miento

Ing. Y creereis capaz de un senti-
tan vil al corazon que por vos arde?
Tan baxo proceder cabrá en su pe-
cho? (puro
Hareis vos á su amor constante y
agravio tan cruel? Si va á perderos,
quando os va á ver robada, y ofen-
dida,
le añadireis tan barbaro tormento?
Quizá Rogundo ignora esta desdi-
cha;
pero quando penetre los proyectos
de Munuza, tal vez demasiado
pronto... Ah! permita favorable el
cielo (ruina!
que su amor no acelere vuestra
En fin si él olvidase sus derechos,
creeis que los valientes Asturianos
no armarán su valor por defenderos?
A pesar de las artes de Munuza,
vos sabeis quanto anhelan el mo-
mento
de sacudir un yugo intolerable,
el cielo está propicio á sus deseos,
el arribo de Suero, os asegura (luego;
que vuestro hermano volverá muy
entonces su presencia....

Orm. Ah! quán en vano
pretendes adular mi sentimiento.
No da treguas el riesgo en que me
hallo,
y en la presente angustia, ya no
tengo (injusto;
quien me pueda librar de un brazo
el vil perseguidor astuto y diestro,
supo ocupar en Cordova á Pelayo,
y quién sabe si acaso con su acuer-
do, (Moro
complice en mi desdicha el Xefe
detiene hallá con frivolos pretextos
la vuelta de mi hermano? Ah! de
qué tramas
no son capaces los aleves pechos!
Pero en tanto yo pierdo vacilante,
un tiempo muy precioso: amante
tierno, (gunda,
tu me abandonarás? No. Corre In-
busca á Rogundo, dile...Pero cie-
los! (amiga,
Munuza viene aquí... Qué horror,
dile, dile que venga, ó que yo
muero.

ESCENA SEGUNDA.

Munuza. Ormesinda. Acmeth. Kerim. Ingunda.

Mun. Kerim, haz que la guardia esté
dispuesta (blo
para el primer aviso. (1) tú del pue-
observa los semblantes, y á Ro-
gundo
nunca pierdas de vista. (2)

Orm. Justo cielo!
Habrá dolor que iguale al dolor mio?

ESCENA TERCERA.

Munuza. Ormesinda. Ingunda.

Mun. Ya Señora, mi amor y mis de-
seos
llenos de la alta gloria de miraros,
á

(1) *A Kerim.* (2) *A Acmeth.*

en esta habitacion,se han satisfecho;
sin embargo, poseo esta fortuna
á costa de un dolor; el blando ruego (mi órden
de Acmeth, que fué á llamaros de
hubiera sido inutil, si mis zelos
(pribandoos de sentido) no se hubiesen (mento:
declarado por mi en aquel mosaben ellos las fieras inquietudes,
que este accidente conmovió en mi pecho, (tros ojos
ya en fin, bella Ormesinda, vueshonran estas paredes, y ya os veo
donde debeis mandar como Señora;
pero si acaso mi amoroso fuego
no os encuentra piadosa, si ahora mismo
mi tierno amor irrita vuestro ceño;
mucho dolor se mezclará á mis glorias!

Orm. Tan afligada estoy, que á penas puedo (bras:
dar el preciso aliento á mis palavos habeis ultrajado mi respeto,
y á pesar del honor, y la decencia
por medio de un insulto el mas orrendo,
me hicisteis conducir á este palacio;
venis aqui á buscarme, y quando espero (cia
que me deis la razon de esta violensolo me hablais de amor. Pues qué mi pecho (ble
despues de una desgracia tan sensitemerá otra mayor? Pero dexemos
de recordar una pasion odiosa;
mal podrá el corazon oir sus ecos
lleno de otras mas graves inquietudes. (exceso
Decidme pues, Señor, qué grave
me hace ser hoy objeto miserable
de vuestra tirania? Quando os veo
pronto á olvidar mi estado, y mis mayores,
no se si miro en vos un juez severo,
que intenta condenarme, ó un tirano
entregado al furor de sus deseos.
Pero nunca Señor, las santas leyes
oprimen la inocencia, y yo sospecho
que vuestro proceder....

Mun. Señora, en vano
baldonais un delito, que mi afecto
debiera disculpar. El amor solo
ha podido inspirarlo, os lo confieso.
Pero quando el ardor con que os adoro, (vuestro
no sirva de disculpa, el desden
hará menor la ofensa. Apenas puse
mis plantas en Gijon, y apenas vieron (tro,
mis tristes ojos vuestro ingrato rosos rendí el corazon. Un cruel silencio
retiró esta pasion de vuestro oido.
Yo resistí su impulso, y conociendo
que serian sin duda vuestras gracias
del todo inacesibles á mi ruego;
solicité olvidaros. Por lograrlo
se esforzó el corazon; pero ah! quan cierto
es que el amor arrastra el alvedrio!
La misma resistencia, y el silencio
atizaron el fuego de mi llama;
su ardor me hizo traicion, rompí el secreto, (vano,
os declaré mi amor, y empleé en
ternuras y suspiros por venceros:
todo con vos fué inutil. Nada pudo
ablandar el rigor de vuestro pecho;
siempre un frio desden fué triste paga (gos
de mis ardientes ansias; y á mis rueembueltos en el llanto, y la ternura, (cio.
siempre opusisteis un cruel despre-
Por completar mis males D. Pelayo,
que era complice acaso en vuestro ceño,
ingrato á mi amistad, y mis favores
pretendió destinaros á otro dueño,
tal vez el corazon mas reverente,
sus limites señala al sufrimiento,
y asi cansado el mio de un desaire,
injurioso á su ardor, y su respeto,

supo dictarme un medio que aquietase (tiempo.
mi gloria, y mi pasion á un mismo
Orm. Y qué? Debió aquietarse vuestra gloria (dio
á costa de mi fama?.... Ese vil meofende demasiado mi decoro,
y no pudo adoptarle vuestro ceño,
sin bulnerar mi honor, y el de mi hermano.
Mun. Vuestro hermano no ignora que mis ruegos (dos:
fueron mas de una vez desatendisu ingratitud produjo estos extremos. (pa?
Orm. Y os parece bastante esa discul-
Pues qué? devió Pelayo en menosprecio
de una promesa santa lisongearos
con vanas esperanzas, quando el fuero (nes,
de los Godos, la ley de las naciol cielo, y la razon dan un derecho
firme y sagrado al prometido esposo? (primero
Vos sabeis, que Rogundo fué el
que le arrancó la oferta de mi mano, (po
Por eso mi desden en ningun tiempodrá justificar vuestra conducta,
él era solo un natural efecto (ron,
del recato que siempre me inspirala virtud, el honor, y el nacimiento:
vos lo hubierais notado, si miraseis
mis rigores con ojos mas serenos.
Y por qué presumís que yo insensata,
tratase solamente de ofenderos,
á vos, de cuya mano están pendientes (blo?...
el bien y el mal de este infelice Pue-
El honor ha reglado mi conducta:
yo respeto sus leyes, y os protesto
que ellas solas me dictan estas voces.
Pero Señor, vos mismo que en el centro
estais de las grandezas y las dichas
podreis desatenderlas?... No, no creo
que en vuestro corazon quepa esta mancha;
si al amor hasta aquí seguisteis ciego,
seguid ya del honor, que por mí os habla,
la religiosa voz, y obedeciendo
á sus inspiraciones, alexadme
de esta ingrata mansion, volvedme al seno (felice
de mis padres, y haced que una inpueda tranquila ver la luz del cielo.
Mun. No, Señora, ya es tarde. No es posible
revocar una empresa, cuyo efecto
debe ser mi quietud y vuestra gloria.
Vencido el primer paso ya no puedo
volverme atrás. Un público desaire
quando estoi á la frente del gobierno
tendria mui fatales conseqüencias.
Vuestro hermano y Rogundo, veran luego
que yo mando absoluto en este sitio
y que nadie....

ESCENA QUARTA.

Munuza. Ormesinda. Ingunda. Acmet.

Acm. Señor.... (1)
Mun. Acmeth, qué es esto?
Acm. A pesar de una inutil resistencia, Rogundo....
Mun. Acaba, dí.
Acm. Se acerca.
Orm. Cielos!
Yo temo que se pierda.
Acm. Apenas supo
que estaba aqui Ormesinda, quando lleno (sa
de orgullo quiso averiguar qué caula tenia en palacio. En el momento
se dirigió á este atrio. Vuestra guardia
se le quiso oponer, pero su esfuerzo
penetrando las picas.... Mas él llega.

ES-

(1) *Acmeth que entra con alguna aceleracion.*

ESCENA QUINTA.

Munuza. Ormesinda. Rogundo. Acm. Ingunda.

Rog. Yo venia (no sé si á pesar vuestro)
Señor, á dedicar á esta Princesa (to
mis humildes obsequios; pero advier-
que me estorvan el paso: desde
quándo
le es á Rogundo ilicito el acceso
hasta vuestra presencia?
Mun. Desde hoi mismo; (peto
y esta es la ultima vez, que mi res-
sufrirá una pregunta tan osada. (po
Rog. Los nobles de Gijon en otro tiem-
con su presencia honraron este sitio:
vos mismo les rogabais menos fiero
viniesen á palacio; hoi orgulloso
su entrada les negais. Pues qué mis-
terios (nos
anuncia esta mudanza? Qué, negar-
quereis una fortuna que violento
quizá usurpais vos mismo? Habeis
pensado
disfrutar sin testigos el supremo
honor de acompañar á esta Princesa?
Y sus fieles paisanos que su aspecto
les consuela de pérdidas tan grandes
no podrán dedicarla algun obsequio?
En fin, Señor, ausente Don Pelayo
quién tiene mas legítimo derecho
para velar sobre su suerte?
Mun. Basta,
no puedo sufrir mas. En este puesto
ninguno debe osar reconvenirme
sobre quanto dispongo. A vos, al
Pueblo
y aun al mismo Pelayo, mi voz sola
puede dictarles leyes, y preceptos.
Yo soi aqui absoluto, y en mi mano
se hallan reunidos los derechos
de una entera conquista.
Rog. Y la conquista
pudo adquiriros el poder violento
de profanar los vínculos mas Santos?
La fuerza y la imbasion hicieron
dueño (Moro
de esta Ciudad al Moro; pero el
contentó su ambicion con el ter-
reno
sin pasar á oprimir nuestro alvedrio:
Y vos quereis por un culpable ex-
ceso
extender el arbitrio de la guerra
hasta los corazones? Nuestros cuellos,
nunca sugetos á un extraño yugo,
se doblarán á vos? En fin, yo vengo
á que restituyais á la Princesa
al seno de su casa. Despues de esto
yo no os disputaré las facultades,
y qualquiera que sea el poder vues-
tro
será para Rogundo en adelante
del todo indiferente.
Mun. No gastemos
en frívolas razones los instantes:
retiraos al punto. Y os advierto,
que no saldrá Ormesinda de este sitio
sin órden de Munuza. Ydos, so-
berbio,
y agradeced á su presencia amable
que os dexo sin castigo.
Orm. Yo no puedo
sufrir tanto dolor!
Rog. Cruel! A dónde
aspiran vuestros pérfidos deseos?
Ormesinda en poder del vil Munuza!
Olvidais vos mi sangre, y mis de-
rechos?
Sabeis que soy el dueño de su mano?
Mun. Solo sé, que su mano es un
supremo
don, que me ha reservado la fortuna.
Rog. O gran Dios! qué es lo que oigo!
Orm. Santo cielo!
aun faltaba este colmo á mis an-
gustias? (tentos
con que en fin vuestros bárbaros in-
están ya declarados?
Mun. Si Señora,
yo os descubrí mi amor; y á qual-
quier precio (piros
debo ser vuestro esposo: los sus-
que os dediqué: los repetidos ruegos
á que humilló el amor mis altiveces,
hicieron mas dificil el intento
con

con vos , y vuestro hermano. Este
desaire
no ha de sufrir Munuza, y pues los
medios
suaves y rendidos no han vastado,
quiero ver si aprovechan los violentos.

Rog. Pero vil, los servicios de Pelayo,
el honor de Ormensinda , mis derechos,
todo será olvidado en un instante?
Y quando destinado á este gobierno
debeis ser el custodio de sus leyes,
(infiel á la amistad, y al deber vuestro)
sereis vos el primero que las viole ?
Por ventura , ignorais que soy el
dueño
de la adorable mano de Ormesinda?
Que autoriza mi dicha el mismo
cielo ?
Que un tratado solemne confirmado
en nuestros proprios fueros...

Mun. Vuestros fueros,
yacen con sus autores en la tumba;
los alegais en vano. El Sarraceno
es hoy legislador. Y en adelante
no habrá en Gijon mas ley que mis
preceptos. (clarado

Rog. En fin ya el labio impio ha de-
todos vuestros sacrilegos intentos.
Pero esperais que tan infame yugo
podrá sufrir cobarde nuestro pueblo?
Creeis que el infortunio ha desterrado (pechos?
la virtud , y el honor de nuestros
Que el amor á la patria , afecto santo
que dió siempre la ley en este suelo,
y cuyo ardor jamás habeis sentido,
no nos podrá inflamar entre los
yerros (brazo ?
que infelizmente arrastra nuestro
Nos juzgais tan cobardes? No, perverso, (rianos
no creais que en los pechos Astu-
cabe tan vil flaqueza. Esos proyectos
irritan demasiado su brabura:
gloriaros no podreis en ningun
tiempo
de haberlos ultrajado impunemente.
Temed, traidor, que nuestro heroico
esfuerzo
castigue la perfidia , y sus autores.
Temed , por vos y vuestros compañeros,
temed, en fin, que con el tiempo sea
de nuestra libertad , su sangre el
precio.
(1) Entre tanto , Señora , consolaos,
y esperad de mi amor , y mi despecho, (siempre
que os sabré defender , buscando
la venganza ó la muerte.

Mun. Deteneos.
Los moradores de Gijon, no ignoran
quánto vale mi voz , pero un exemplo nuza:
hará ver de una vez quien es Mu-
ola , Guardias.

ESCENA SEXTA.

Munuza. Ormesinda. Acmeth. Igunda. Kerim.

Ker. Señor?

Mun. Escucha.

Orm. O cielo !
qué intentará el cruel

Mun. Aseguraos
de Rogundo ; llevadle con secreto
al Castillo , y cuidad de su persona.

Orm. Señor:::-

Mun. Llevadle al punto.

Rog. Ya comprehendo (bargo
qual vá á ser mi destino. Sin em-
espero , que la cólera del cielo,
mirando tu crueldad , y mi inocencia,
volverá contra tí todo su ceño:
temelo, por lo menos, monstruo horrible. (versos
La dicha no es durable en los per-

Mun. Retirate, infeliz , y no presumas
que

(1) *A Ormesinda.*

que me irritan tus voces. Los dicterios
suenan mal en la boca de un rendido.

ESCENA SEPTIMA.

Munuza. Ormesinda Acmeth. Ingunda.

Mun. Señora, aprovechaos de este exemplo:
en él vereis la suerte que preparo
al que resiste altivo mis proyectos:
idos á vuestro quarto, y advertida
de que muy luego un público himeneo (ofendido,
nos debe unir; mi amor, aunque
os conservó hasta ahora los respetos
que á vuestra edad y sexô se debian.
Sin embargo, sabed que el mismo afecto
que no cedió jamas á los desdenes,
cederá aun á la sombra de los zelos.
Orm. Vos seguireis el rumbo que os agrade. (tos
Yo sé que mi opinion, y mis alien-
están por mi desgracia en vuestro arbitrio,
mas no espereis, Señor, que el ardor vuestro
sea nunca aceptado de Ormesinda.
Firme siempre en su amor y sus intentos,
á su obligacion y á su decoro,
jamas podrá aprobar vuestros deseos:
contra la persuasion y los suspiros
se hallan tan prevenidos mis afectos,
que intentareis en vano sorprender- (me
por este rumbo. En fin si fiero
para rendirme usais, como presumo,
de un violento poder, el justo cielo,
á cuya sombra la virtud respira
sabrá poner á vuestra audacia freno.

ESCENA OCTAVA.

Munuza. Acmeth. (res

Mun. Anda, muger ingrata. Esos rigo-
no podrán mitigar el vivo incendio
que mantiene en mi pecho tu hermosura. (vio
Acmeth, tú vés cómo un rival sober
me insulta, aún oprimido en las cadenas; (sexô,
que Ormesinda, á pesar del mismo
inmovil á la vista del peligro
descubre sin rebozo un odio eterno
al enlace que fino la preparo....
Y no he de triunfar de su desprecio?
Devil esclavo de sus bellos ojos
gemirá siempre en vergonzosos hierros (guen
mi triste corazon, sin que le obli-
un duro amor, y unos amargos zelos
á romper, ó estrechar el fatal nudo?
No puedo sufrir mas. Yo me resuelvo
á celebrar este funesto enlace: (cio
una vez declarado, á qualquier pre-
se deben sostener los intereses
de mi amor y mi gloria. Parte al templo, (re
haz que todo al momento se prepa-
para la ceremonia. Antes que el cielo (che
se cubra con las sombras de la no-
quiero que se concluya este himeneo,
corre...pero tú dudas?.. Qué recelas?
Acm. Quanto vos ordenais, en el momento
correré á executar, pues solo aspiro
á serviros rendido; pero debo,
Señor, representaros, que este golpe
vá á destruir los rapidos progresos
que hicieron hasta aquí vuestras victorias: (pueblo
vos no ignorais que habitan este
muchos brabos amigos de Rogundo,
qué se van á irritar. El himeneo
que os enlaza á la sangre de Pelayo
celebrado en Gijon por unos medios
tan duros, y violentos, es forzoso
que mueva contra vos quantos aceros
manejan los feroces Asturianos:
vos conoceis muy bien el ardimiento
de

de estos fieros, y altivos naturales:
criados en los montes, sus recreos
fueron siempre la lucha, y los combates:
(tos
aun los brutos, Señor, no están exen-
del golpe de sus mazas, y sus chuzos;
y aunque pocos sabrán á vuestro intento
oponer una fuerza irresistible,
nos hallamos sin gente; está muy lexos
(todo,
quien nos pueda ayudar, y sobre
nuestra causa es injusta, quando ellos
llevando la razon en favor suyo,
lidiarán arrestados por sus fueros,
su libertad, su honor, y sus hogares;
Señor, dexad que el disimulo, el ruego
(mesinda:
y el tiempo mismo ablanden á Or-
presentadle las glorias del gobierno
con mano menos dura, y ofrecedle
un amor mas sufrido. El rendimiento
y la ambicion podrán al fin vencerla,
y quando no, Señor, vuestros deseos
tienen siempre un recurso á la violencia;
sufrid, pues.

Mun. Y entre tanto seré objeto
(ta?
del barbaro desprecio de una ingra-
La veré siempre sorda á mis requiebros,
(insulta?
mientras su amante en la prision me
Y quando sufro en mi abrasado pecho
un infierno de zelos, y de ansias
quereis que el disimulo, y que los ruegos
(desaires?
me expongan cruelmente á otros
No, Acmeth. Los males graves, y violentos
no se pueden templar con lenitivos;
vea Gijon la llama, y el acero
(me.
en mi mano, y aprenda á respetar-
No obstante, estimo tú rendido zelo,
y en prueba de que aprecio tus avisos
no marcharé al altar, sin que primero
escuche mis razones Ormesinda:
Parte pues, y executa lo que ordeno.

ESCENA NONA.

Mun. Ormesinda cruel! En este instante,
á pesar de tu odio, y de mis zelos,
la apacible memoria de tus gracias,
inflama nuevamente mis deseos.
Tú triunfas inhumana! Pero teme
de un amante zeloso los extremos,
la muerte de tu hermano, y de tu amante,
la ruina de tu patria; los funestos
efectos de mi furia, y mi cuchilla,
serán corta venganza de un desprecio.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Munuza. Ormesinda.

Mun. Segunda vez mi enamorado pecho
quiere, bella Ormesinda, repetiros
las pruebas de su ardor y su fineza;
vos me habeis irritado y ofendido
pagando con desdenes mis bondades.
Yo pudiera vengarme, en este sitio
ninguno lo estorvara, vuestro hermano
en un clima distante está tranquilo;
suspira entre cadenas vuestro amante,
en lo interior del fuerte sus amigos
confiesan mi poder, y en Gijon nadie
es capaz de oponerse á mis designios;
sin embargo, resuelvo perdonaros:
yo os amo tiernamente, y este fino
exceso de bondad lo persuade.
Unicamente atento á vuestro hechizo,
vos sola me ocupais. Quantos proyectos
(gerido,
la ambicion, y el amor me han su-
todos han conspirado á vuestra gloria:
mis ideas promueve el cielo mismo,
y la fortuna, la ocasion, y el tiempo
van de acuerdo con todos mis designios:

vos

vos sabeis que los Moros, ocupados
en llevar el furor y el exterminio
al fondo de las Galias, penetraron
los Pirineos; que el furor activo
de innumerables tropas Sarracenas,
inunda aquel Pais, que divertido
el Africano en esta heroica empresa
abandona la España al desperdicio
de las tropas; y en tanto que sus huestes
asuelan la Gascuña, los Castillos,
y las Plazas de Asturias, se confian
á unos viles soldados, que vendidos
con oro, y con promesas están prontos (piro
á seguir mi estandarte. En fin, yo as-
á hacerme proclamar por Rey de Asturias, (hechizo
y á elevar mi fortuna, y vuestro
al trono de Gijon. Pero no obstante
no creais que el orgullo ha dirigido
mis ideas, y altivas ambiciones, (co
solo el amor constante que os dedi-
las pudo sugerir. Que dulce gozo
inundará mi pecho, si consigo
ceñiros en Gijon la Real Diadema,
poniendo en vuestra frente el distinguido
adorno, á que los cielos os destinan!
De vuestra amable mano, y vuestro arbitrio
penderán desde hoy los intereses
del Español, los vuestros, y los mios.
Por paga de una oferta tan ilustre
solo exîjo un pequeño sacrificio.
Olvidad á Rogundo. El será siempre
victima de mis zelos, y si digno
se cree aun de vos, y vuestra mano,
sola esta presuncion es un delito (jo
que le hará triste objeto de mi eno-
él morira zeloso, ó preferido....
Pero yo he de deber esta victoria
á la venganza? Se que á un ribal digno,
no vence otro ribal, aunque le oprima;
solo triunfa en amor el mas querido:

y yo espero que arranquen esta dicha
de vuestra gratitud, mis beneficios.
Orm. En vano lo esperais. La fé obligada,
la virtud, el honor, y el cielo mismo
me mandan, que no acepte vuestros dones;
el corazon los mira agradecido,
pero aquellos sagrados intereses
conducen ciegamente mi alvedrio
al legítimo lecho de Rogundo:
el trono, vuestra mano, y los partidos (nunca
que me acabais de hacer, llegarán
á vencer mi constancia; los estimo,
Señor, y al mismo tiempo los renuncio:
veo tambien que vuestros beneficios
me harian infeliz. En fin, qué gloria
podrá adquirirme el trono conseguido
al precio de una infamia, si ceñida
del augusto diadema, entre sus brillos
se dexase observar todo el oprobio
de una alma infiel, en mi semblante escrito? (tante
La ambicion vive siempre muy dis-
de los pechos virtuosos, y asi el mio
bien lexos de aceptar un trono injusto,
irá á ofrecer contento en sacrificio
al templo del honor, los dones vuestros; (mismo
pero por qué os persuado si vos
quizá me haceis justicia interiormente? (sigo
Vos conoceis muy bien que solo
las leyes del honor y la decencia.
Y podré presumir que vuestro brio
esclavo de un afecto pasagero,
que es hijo del acaso, ú del capricho,
las quiere atropellar indignamente?
Rogundo es ya mi esposo. Si los ritos (nombre,
no han confirmado aun tan dulce
no por eso estará nuestro alvedrio
mas libre de las leyes que se ha impuesto,

vos no las ignorais, y yo confio
que sabreis respetarlas.
Mun. Y entre tanto (altivo
quereis que de Munuza el nombre
sea un objeto de burla al universo?
Quereis que sobre el trono á que
yo aspiro
obscurezca mis glorias el recuerdo
de un público desayre, repetido
por el mismo rumor que las dibulgue?
Quereis en fin que un pueblo que os
ha visto
traher á mi Palacio, y que conoce
mi amor, mis inquietudes y suspiros
ose menospreciarme á vuestro
exemplo (nios?
y se oponga orgulloso á mis desig-
No señora. Primero en su venganza
será Munuza escándalo del siglo (so
que se humille al extremo vergonzo-
de apreciar un estorvo tan indigno.
Rogundo morirá, y el mismo acero
que corte su cerviz tendrá otro filo
para romper señora el lazo odioso
con que se unen el vuestro, y su
destino:
tal debe ser su suerte si me ofende;
pero si él mismo os cede, habré
cumplido
con el honor que me alegais en vano.
Para evitar el triste precipicio
que preparo á sus locas esperanzas,
es forzoso que elija este camino.
Y en fin, pues sus derechos nos es-
torvan, (mismo
que él venga, y que decida por sí
de su suerte, y la mia. Guardias, ola.

ESCENA SEGUNDA.

Munuza. Ormesinda. Kerim. Soldados.

Mun. Traed aqui á Rogundo del Cas-
tillo (1).

ESCENA TERCERA.

Munuza. Ormesinda. (tante
Mun. Sus labios van á ser en este ins-
arbitros de su vida, y su destino,
y una palabra inclinará el decreto
hácia su libertad ó su castigo. (males
Orm. Pero cruel! Despues de tantos
con que se halla mi pecho combatido,
y quando estoy cercada de aflicciones
me obligareis tambien á ser testigo
de esta prueva cruel? Podré tranquila
ver turbado á mi esposo é indeciso
entre la muerte, y el rubor? dexadme
á lo menos que huya de este sitio,
donde va á ser mi mano desgraciada,
triste asunto de horrores, y peligros.
Permitid (2).
Mun. Deteneos.
Orm. Cielo santo!
Rogundo viene.

ESCENA QUARTA.

Rogundo. Kerim. Soldados, y los dichos.
Rog. O Dios! Qué es lo que miro!
Así triunfa el traydor de la inocencia!
Mun. (3) Acercaos, Señor. Vuestro
enemigo (na.
no ha resuelto del todo vuestra rui-
Si quereis, aun os queda algun par-
tido
para salvar la vida, aprovechadle,
y respetad la fuerza del destino.
Rog. Para las almas nobles no es la vida
el mas sublime don: son harto in-
dignos (prefieren
los que al buen nombre, y fama la
creedlo así, y hablad.
Mun. De mi cariño
bien podeis prometeros uno y otro:
un próxîmo himeneo debe unirnos
á mí y á la Princesa. Ya estan pron-
tos
el aparato, el Templo, y el Ministro:
y

(1) *Kerim entra, recibe el órden, y se vá con los soldados.* (2) *De rodillas.* (3) *A Rogundo.*

y antes de mucho tiempo en lazo
augusto
del todo habrá enervado y destruido
unos derechos que oponeis en vano;
y pues debe la fuerza suprimirlos,
creedme, y renunciadlos desde lue-
go.
Solo para esto os llamo. Si vencido
á mi razon cedeis el nombre inutil
de esposo de Ormesinda, yo me ol-
vido
de todos mis disgustos, mas si acaso
os empeñais tenaz en producirnos
un título ideal é imaginario....
Si opuesto nuevamente á mis desig-
nios
os obstinais en disputarme el logro
de un corazon á quien mi fe dedico,
temed.... Pero no quiero recordaros
hasta dónde pudiera resentido
llevar mi justo enojo sus extremos:
contemplad mi pasion para inferir-
Rog. Idea vil! proposicion infame! (los.
ay infeliz Princesa! ya el destino
envidia nuestra dicha, y la combate.
Munuza, en un discurso tan indigno
ya no debo admirar vuestra malicia;
este último rasgo dirigido
á sobornar ó amedrentar mi afecto,
esa falsa bondad, y ese artificio,
son un objeto vil; pero forzoso
de vuestra tirania. Solo admiro,
que el mas sagaz de todos los tira-
nos, (querido
que el impostor mas diestro haya
fiar á una experiencia tan inutil
el suceso de todos sus designios.
Yo penetro hasta el fondo vuestras
viles (cio
intenciones. Conozco que un supli-
será efecto fatal de mi respuesta.
Pero quándo han logrado los peli-
gros
turbar á un corazon enamorado?
Ved si á vuestro furor cederá el mio
unos derechos santos é inviolables
de que á mi vista os reputais indigno?
Dexo aparte los medios indecentes
porque aspirais (amante poco fino)
á un sublime favor que se conquista
solo con rendimientos, y suspiros.
Dexo aparte tambien una promesa
establecida sobre el nombre altivo
del ilustre Pelayo, y confirmada
con el voto comun de los Patricios
de esta noble Provincia. No recuerdo
mis grandes ascendientes confundi-
dos
en la Real prosapia. Pero quando
no tuviese mi amor estos precisos
y sublimes apoyos de su parte,
seria yo un amante tan indigno
que abandonase el campo y la vic-
toria
á un rival orgulloso, y mal nacido?
os podeis prometer de mi constancia
una accion tan infame? No. Yo es-
timo
con demasiado ardor esa esperanza,
que os tiene tan zeloso, y los casti-
gos (tiempo:
no me harán renunciarla en ningun
sé que voy á morir; vuestro artifi-
cio
para usurpar un pecho qué idolatro,
me expone á dos mortales precipi-
cios. (tra
Pero antes de feriar la amistad vues-
al precio de una infamia, determino
comprar con una muerte heroyca
y grande,
la gloria de triunfar, y resistiros (1.)
Si Señora, yo sé que la vil rabia
inspira á los tiranos abatidos
la venganza de todos sus desprecios.
No es el que nos oprime mas benig-
no, (gusto.
y sé que he de morir pues le dis-
Pero en fin, si yo muero honrado
y digno (toso:
de vuestro tierno amor, muero gus-
ojalá que la muerte, y los suplicios
ha-

(1) *A Ormesinda.*

hagan en vos eterna mi memoria.
Orm. Qué terrible dolor!
Mun. Habrá nacido (ingrato,
hombre mas insolente! Con que,
no os basta despreciar con pecho altivo
vuestra vida, mi gloria y mis favores,
sino que osais soberbio y atrevido
insultar mi bondad? y quando puedo
con sola una palabra destruirlo, (1)
quando al favor de mi piedad respira,
debo vivir expuesto á los indignos
y groseros baldones del ingrato?
Ola, (2) que le preparen un suplicio.
Orm. Bárbaro, qué intentais?
Mun. Kerim, llevadle.
Orm. Señor:: (3) (co: (4)
Rog. No le rogueis. Yo os lo supli-
dexadme ir á morir, que pues no puedo
vivir en vuestros brazos, determino
perpetuar con mi muerte, el dulce nombre (impio,
de esposo vuestro. (5) Sí, cruel, sí,
por mas que suspirais por esta dicha
no sabeis su valor ni sus hechizos;
y vuestro corazon es muy pequeño
para poder juzgar quánto la estimo;
pero venid á verlo en mi constancia:
destrozadme, saciad vuestro apetito.
Hiere, cruel, embriagate en mi sangre,
sea yo desde ahora objeto fixo
de tu vil rabia; pero ten por cierto,
que á vista del horror de tus suplicios,
cercado de las sombras de la muerte,
lleno de sus angustias, y en el mismo
umbral del hondo reyno del espanto,
se ocupará mi corazon tranquilo
en la apacible, y venturosa idea
de un nombre tan augusto, nombre digno
de conservarse al precio de mil vidas:
título santo, que el favor divino
concedió á mis legítimos deseos.
Tú serás en el último conflicto (no,
mi gloria, y mi consuelo. (6) Sí, tira-
y será al mismo tiempo tu martirio.
Vamos, Kerim. (7) A Dios, (8) infeliz dueño. (primo
Mun. Qué osadia! No sé como re-
mi cólera... quitadle de mis ojos,
y que espire al momento en el suplicio (9).

ESCENA QUINTA.

Acmeth, y los dichos.

Acm. Deteneos (10) Señor, (11) Señor.
Mun. Qué es esto? (cisos
Acm. Yo daba en este instante los pre-
órdenes en el Templo, quando escucho
por todas partes tumultuosos gritos
de alegria: pregunto receloso
quál de esta conmocion es el motivo,
y acabo de saber que quando todos
estaban en Gijon desprevenidos
vieron llegar al Duque de Cantabria.
Mun. A Pelayo?
Rog. O gran Dios!
Orm. Cielo propicio (ves!
en qué forzoso instante nos le vuel.
Mun. Yo no sé dónde estoy:: un repentino (á dónde:: (13)
furor... ah vil fortuna! (12) Pero
Acm.

(1) *A Ormesinda.* (2) *A Kerim.* (3) *De rodillas.* (4) *A Ormesinda.* (5) *A Munuza.* (6) *A Munuza.* (7) *A Ormesinda.* (8) *Ormesinda cae como desmayada en los brazos de Ingunda. Munuza se arroja en un sitial que habrá prevenido á un lado del teatro; Kerim y la Guardia conducen á Rogundo, al tiempo de salir entra Acmeth apresurado los detiene, y va en busca de Munuza.* (9) *A Kerim.* (10) *A Kerim.* (11) *A Munuza.* (12) *Levantándose con susto.* (13) *A Acmeth.*

Acm. Luego que tuve tan estraño aviso
me encaminé, Señor, hasta su casa,
allí le pude ver entre el bullicio
de inmensa gente que le rodeaba,
y por no perder tiempo, hácia este
vuelvo.... (sitio
Mun. Qué triste acaso! Escucha (1)
al punto (tillo,
haz que á Rogundo lleven al Cas-
y á Ormesinda á su quarto (2).

ESCENA SEXTA.

Mun. Acm.

Mun. En fin fortuna, (prichos
tú has logrado abatirme. Tus ca-
han agotado toda mi constancia.
Muger inexôrable! Fiero hechizo
de un corazon que adora tus des-
denes, (no (3)
yo cedo á mi rigor y á mi desti-
Pero cruel! el tuyo está en mi mano
y me quiero vengar. (4) Querido
amigo (can,
tú ves las confusiones que me cer-
dirige mi razon, muestra un ca-
de mitigar mis ansias. (mino
Acm. Solo es tiempo,
Señor, de que penseis en preveniros
para sufrir la vista de Pelayo,
él vendrá aquí quejoso y ofendido,
vos le debeis templar, y propo-
nerle (nios,
ántes que él os descubra los desig-
que una vez declarados, ya es for-
zoso
sostener con vigor. Pero imagino
que él se acerca á nosotros.
Mun. Pues bien, marcha
y no te alexes.

ESCENA SEPTIMA.

Munuza. Pelayo.

Mun. Bárbaro destino,
tú me humillas aún al que aborezco:
(5) En fin, Señor, el cielo se ha mo-
vido
á mis freqüentes ruegos, pues os
trae
tan presto á mi presencia, los avisos
que Suero en vuestro nombre me
habia dado,
suponen á Tarif muy indeciso
sobre mis pretensiones.
Pel. Mis instancias (vencido,
y el amor que os profesa, le han
mi zelo acelerando los tratados,
los concluyó por fin, y con un vivo
deseo de llegar.... Pero Munuza,
perdonad si dilato el instruiros
de vuestros intereses, y entretanto
que cesa mi zozobra, quanto miro,
quanto escucho y advierto, me sor-
prende.
Arrestado Rogundo en el Castillo,
reclusa en el palacio la Princesa,
turbado vos, el Pueblo conmovido,
mudos y misteriosos los semblantes;
todo me hace temer algun designio,
en que quizás se ofende mi decoro.
A la verdad, despues de mis servi-
cios (biera
y pruebas de amistad, yo no de-
recelar que Munuza ha perseguido
el honor puro de un amigo ausente;
pero mil congeturas, mil indicios
me llenan de zozobras, y os acu-
san.
Mun. Señor, pues me haceis cargo
de un delito,
hijo de una sospecha, sin dar tiempo
á

(1) *Volviendo á Acmeth.* (2) *Munuza se vuelve á arrojar en el sitial, donde guarda por un rato, un profundo silencio, entretanto Kerin entra por la Puerta del Castillo con Rogundo; y Acmeth por otra parte con Ormesinda, y éste último vuelve, y se acerca á la silla con silencio, sin que Munuza repare en él.* (3) *Se levanta.* (4) *Acmeth.* (5) *A Pelayo.*

á que me justifique: ya es preciso
enteraros de todos mis intentos;
pero ántes permitid á mi cariño
que os recuerde las gracias singula-
res (mismo.
hechas á vuestra Patria, y á vos
Quando Asturias yacía sepultada
debaxo de sus ruinas, y el pie al-
tivo
del Africano, hollaba este terreno,
como su vencedor, los beneficios
que repartió la diestra de Munuza,
templaron de un despótico dominio
y un cautiverio, el insufrible yugo;
colocado en Gijon, á sus vecinos
y á los próxîmos pueblos dicté le-
yes,
no como substituto de un altivo
Conquistador, sino como un Pa-
triota
que sentia mirarlos oprimidos.
La nobleza de España, y de los
Godos, (cos,
á quien la guerra retiró á estos ris-
halló baxo el amparo de Munuza
un inviolable y natural asilo:
vuestros Altares, leyes y costum-
bres,
tuvieron un pacífico exercicio;
y de esta Capital los moradores
lograron mi amistad: muy buen tes-
tigo. (bierno,
sois vos de la blandura de un go-
que en mano menos suave hubiera
sido
un exemplo quizás de las miserias,
que suelen oprimir á los vencidos.
Pero nadie de todas mis bondades
en este clima pareció mas digno,
que el hijo de Favila: á mi con-
fianza
os admití, tratandoos como amigo,
y despreciando la razon de estado
que os hacia temible al Berberisco,
el presuntivo succesor del trono
que perdieron los Godos, distin-
guido
se vió con la privanza de Munuza.
Pará afianzar mas bien nuestro ca-
riño (nura
os pedí á vuestra hermana; mi ter-
os creyó favorable á este designio.
Sin desdeñar la súplica mi labio
imploró vuestra alianza, y vuestro
oido (milde
escuchó con asombro el ruego hu-
del que era á pesar vuestro en este
sitio,
árbitro soberano de las vidas;
pero vos inflexîble, mis suspiros
apreciasteis tan poco, que un de-
saire (cipios
selló vuestra respuesta. En los prin-
resolví con las armas en la mano
vengarme de esta ofensa; y el cas-
tigo
en el primer arranque de mi enojo
igual con el agravio hubiera sido.
Pero amor y amistad me contuvie-
ron: (picio
yo esperaba encontraros mas pro-
con el tiempo, y que fuese vuestra
hermana
menos fiera algun dia á mis suspiros.
Ah! Quanto me engañaba! Quan
en vano
luchaba con la fuerza del destino!
Quan sin fruto formaba un alto in-
tento,
cuya ruina trazaban mis amigos!
En fin, para quitar todo recurso
á mi ardiente esperanza, habeis
querido
acelerar la dicha de Rogundo.
Mi fé vió con horror en este sitio,
se hiba á encender la antorcha de
himeneo;
la amistad y el honor desatendi-
dos,
me irritaron contra un odioso en-
lace,
y disponiendo un desagravio digno
de tan atroz ofensa, quando todos
respetaban mi voz; ahora mismo
Munuza vá á ser dueño de Orme-
sinda.

Pel. De mi hermana? Gran Dios! Qué
me habeis dicho? (acaso
Sois vos el que me hablais? Estoy
soñando lo que escucho? Intento
impio!
idea atroz! Proyecto abominable!
En fin, tu amistad falsa me ha vencido, (chas,
tú vil labio confirma mis sospe-
y tu mismo rubor era un indicio
de esta traicion..... Pero Rogundo,
acaso....

Mun. Insolente, Rogundo se ha atrevido (dan
á ultrajar mi respeto; ya le aguar-
por paga de esta ofensa otros castigos;
y pues debe, morir ninguna causa
os debe hacer contrario á mis designios.

Pel. Y qué, no hay mas estorvos que
resistan (digno
vuestra ambiciosa idea? Os creeis
de que mi honor consienta en este
enlace?
Y os parece tan fácil que el sobrino
del último Rey Godo, á cuyas siese
debe la corona de Rodrigo, (nes
quiera entregar la mano de su hermana (co?
á un partidario infiel del Berberis-
Sin duda el cielo próspero dá vuelta
para estorvar tan pérfido designio.
Y en vano alegareis en favor suyo
una falsa amistad, cuyos principios
fueron el interés y la perfidia;
amistad vergonzosa, que abomino
léjos de agradecerla...

Mun. Sin embargo,
aún os es favorable, pues reprimo
mis justas iras, y sufro estos baldones: (millo
vos estais en Gijon, y yo me hu-
á implorar nuevamente vuestro
agrado. (riño:
A esta atencion me obliga mi ca-
pero advertid, que sin el gusto
vuestro,
puedo llevar á efecto mis designios
y ponerlos con sola una palabra
en situacion de ser menos temido.
No obstante, desde hoy los intereses
de vuestra casa van á ser los mios,
si aprobais este enlace; y desde
luego
la corona de Asturias será digno
adorno de las sienes de Ormesinda:
con mi amistad, mi alianza, y mis
auxîlios,
podreis asegurar unos Estados,
cuyo derecho está muy indeciso.
Estas y otras brillantes esperanzas
os pueden lisongear, si mas benigno
mi súplica otorgais. Pero si ingrato
ajais con un desaire repetido
mi decoro, temed que á la blandura
sucedan el estrago, y los cuchillos.

Pel. Así vuestra política perversa
usa de los mas viles artificios
para lograr sus pérfidas ideas.
Pero en vano intentais á mi honor
limpio
poner ese borron abominable.
Pues qué? Vos aspirais desvanecido
á usurpar de Gijon el cetro augusto?
Esta nueva traicion será un motivo
que me obligue cederos á mi hermana? (lito
Vos pretendeis por medio de un de-
comprar una injusticia, y muy ufano
me ofreceis de Vizcaya el Señorio
para empeñarme en una accion infame:
tal es vuestra amistad, y estos designios
sediciosos, descubren su caracter.
Poco contento con haber vendido
la Religion, las leyes, y la Patria,
al interés soez de ser caudillo
de un exército infiel, y muy soberbio,
con un poder infame, conseguido
á fuerza de delitos y traiciones,
quereis con este enlace esclarecido
cu-

cubrir todo el oprobio que os humilla.
Así las consequencias de un delito
son siempre otros delitos mas odiosos;
y así por la ancha senda de los vicios
quien dexó á la virtud, vá deslumbrado
cayendo de un abismo en otro abismo.
Hasta quando estareis, oh Dios eterno!
sordo al clamor, inmovil al gemido
de vuestro triste, y humillado pueblo?
Ved como contra él enfurecidos
se elevan los tiranos. Pues qué España
no podrá sacudir el yugo indigno
sin doblar la cerviz á otro mas duro?
No lo espereis, traidor, entre estos riscos
conserva nuestra patria muchos brazos,
que en este trance lucharán altivos
hasta romper los vergonzosos hierros.
Aun viven Españoles: tiembla impío:
persiguiendo á mi exemplo á sus tiranos,
ellos sabrán matarlos, destruirlos.

ESCENA OCTAVA.

Munuza.

Mun. Aun faltaba esta prueba á mi constancia?
Con qué fiero teson, astro enemigo!
Desconciertas y turbas mis proyectos?
Pero el fatal influjo del destino,
podrá mas que mi rabia? Ola, soldados.

ESCENA NONA.

Munuza. Acmeth.

Acm. Señor?

Mun. Querido Acmeth, yo estoy perdido,
anda, busca á Pelayo, y con secreto
procura asegurarle en el Castillo;
contigo irá mi guardia (1). Pero escucha,
este paso quizas será un motivo
de sedicion para los mal contentos;
el golpe es arriesgado... Si... Es preciso
seguir un rumbo menos peligroso,
esto ha de ser. Ve al templo, que el Ministro,
la pompa, y los altares estén prontos
para esta noche. Ingrato y fiero amigo!
Mi intento, y mi venganza estan seguros.
La esposa, y el rival tengo á mi arbitrio:
burlate de mi alianza y mis favores,
que yo haré que respetes mis designios.

ACTO QUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Pelayo. Suero, y algunos Ciudadanos de Gijon. Noche.

Pel. Suero, qué me decis?
Suer. Que he registrado
el palacio, y en él todos descansan;
Acmeth, se ha retirado en este instante
del quarto de Munuza con la guardia;
Ormesinda, tambien queda en el suyo.
Yo la ví, que medrosa y asustada
se acercó á preguntarme por su hermano!
Ella está inconsolable, y recelaba
de la misma quietud de su enemigo
alguna infiel resulta; pero gracias
al cielo, por ahora no hay sospecha
que nos pueda asustar.
Pel. Oh dulce Patria!

(1) *Acmeth se retira y vuelve.*

Oh amable libertad! En favor tuyo,
buscan la obscuridad las nobles almas.
Ilustres Caballeros, resto heroico
de la temible y oprimida España,
altivos corazones y briosos,
que ahogados del peso de las armas,
vecinos siempre al Javalí y al Oso,
conservais vuestra hacienda, y vuestras casas (tes;
en la inculta aspereza de estos mon-
vosotros que debeis á vuestra espada
la posesion de los paternos lares,
la libertad, las leyes y las aras;
y vosotros en fin, cuyos abuelos,
jamas sintieron su cerviz doblada
á un extrangero y usurpado yugo,
vais á ver en un punto sepultadas
vuestras glorias, á ser esclavos viles,
y á venerar las Lunas Africanas.
El destino que hoy lloran las Provincias,
que están al Sur de Asturias retiradas
va á ser el nuestro, y dentro de estos muros,
vereis que de repente se levanta
un trono infiel, á quien el Asturiano
inclina la rodilla. Con las armas
del bárbaro Agareno, á nuestros ojos,
un traidor á los cielos, y á la patria
el perverso Munuza, va á mostrarse
en Gijon, como unico Monarca,
y á imponernos la ley, ensangrentando (pada.
en nuestros cuellos su cobarde es-
La sangre ilustre de los Reyes Godos, (hermana,
que aun conservan las venas de mi
los restos de una extirpe, casi extinta, (rana
ya es un objeto á la ambicion ti-
del malvado opresor, y esta infelice (da
despues de haberse visto atropella-
por los viles Ministros de un impio,
se destina á ser victima en las aras
de su indecente amor, en menosprecio (cha,
del legitimo esposo. Obscura man-
que no podrá borrarse en ningun tiempo. (gracia,
Pero pluguiera á Dios que esta des-
formase unicamente nuestro susto.
Yo temo otras mas graves que mi alma, (y llora,
llena de un justo horror, presiente
Quién de vosotros puede tolerarlas?
La descendencia de Ismael precita,
vendrá á reynar en la nacion mas santa,
y á la torpeza vil de los Sultanes,
las ilustres doncellas destinadas,
poblarán la clausura de un Serrallo.
Los jovenes, honor de nuestra España,
consumidos del llanto y las fatigas,
fallecerán cautivos en su patria:
Gemirá el tierno niño en las mazmoras, (canas
y en el comun desórden, aun las
no podrán exîmirnos del oprobio.
Oh inefable dolor! La augusta casa
de Dios, do resonaban nuestros votos, (da.
será en Mezquita impura trasforma-
Al Sacerdote santo del Dios vivo,
el Musulman remplazará en las aras:
y en fin, el Alcoran será bien presto,
fea sobstitucion de la ley santa.
Oh Dios! Solo este colmo de desdichas,
podrá fixar vuestra adorable saña!
Tal es, bravos amigos, el destino
que el perfido Munuza nos prepara,
y muy luego sin un heroico esfuerzo,
la tempestad horrible que amenaza,
va á descargar sobre vosotros mismos. (tancias,
Pero qué? En tan funestas circuns-
no habrá un noble recurso á las
proezas (ma
del valor español? Qué, vuestra fa-
se dexará manchar tranquilamente?

Leed en sus anales, que la espada
de nuestros padres, supo en otro
tiempo
asustar á las Aguilas Romanas....
Codiciosa Cartago vuelve á Asturias,
(trañas,
rompe este suelo, y mira en sus en-
el oro, porque en vano combatía!....
Si, amigos valerosos, nuestra patria
se debe restaurar á qualquier precio;
y esta noble Provincia, que en España
fué la postrera en tolerar el yugo,
la primera será que con las armas
de sus fieros patricios le sacuda:
el tiempo de una empresa tan bizarra,
es el ultimo instante del peligro:
ya nos vemos en él, está cerrada
la puerta á otros recursos. Uno solo
tenemos, que es lidiar por nuestra
Patria,
(ta,
comprando con la vida que nos res-
la muerte, ó la victoria.

Suer. Qué desgracias
podrian entiviar el amor santo
que abriga nuestro pecho? Augusta
España
(ro?
quién podrá consentir en tu desdo-
Señor, creed que nuestra ardiente
espada,
(cro;
os seguirá hasta el borde del sepul-
y pues cada uno de nosotros trata
de conservar su honor y sus hogares,
(causa
no habrá quien no derrame por la
comun toda la sangre de sus venas.
Sin embargo, al presente es arriesgada
(alvedrio
qualquiera accion. Munuza, á su
dispone de las tropas. Esta Plaza,
por parte del Poniente defendida
de un gran fuerte, por otras rodeada
del ancho mar, no tiene mas salida
que una muy peligrosa, y será vana
qualquiera tentativa, si el auxilio
de los vecinos pueblos no separa
este estorvo fatal. Quizá seria
nuestra empresa, Señor, mas acertada,
si tomando algun tiempo, se avisase
á los nobles dispersos, que se hallan
en lo interior de la Provincia.

Pel. Amigo,
(danza
quando el riesgo es urgente, la tar-
y lentitud destruyen las empresas.
A la nuestra movida por la causa
del cielo, y del honor, ningun peligro
(mas
debe servir de estorvo; nuestras ar-
aunque son hoy en numero inferiores
(bradas
crecerán por momentos. Las que-
rocas de esta Provincia son asilo
de muchos combatientes, que la saña
del vencedor evitan en sus grutas,
y al mas leve rumor de las espadas,
correrán á engrosar nuestras Legiones.
(España,
Quantos tambien en lo interior de
gimen en un preciso cautiverio
que vendrán á alistarse á esta comarca
baxo nuestro estandarte tremolado!
Y qué tropas en fin, qué heroicas
armas
opondrán á las nuestras los traidores?
El exercito infiel se ocupa en Francia
en derrivar los tronos que los Godos
tienen allí erigidos; y las Plazas
de Asturias, de Leon, y de Galicia,
se rinden hoy á una porcion escasa
de soldados Alarbes, que las cercan.
Animo pues, amigos, nuestra Patria
va á decir el valor de vuestro brazo,
su libertad: que gloria tan hidalga
para un patriota fiel!

Sue. Señor, tus voces
nuestra razon, y nuestro pecho inflaman:
(ña
la inquietud que advertis, es una se-
del acento comun, y nuestra espada
estará pronta á herir en el momento

que vos hableis; pero esta accion
bizarra (lo
necesita un Caudillo. Y pues el cie-
conserva en vos la esclarecida rama
de nuestros Reyes, sedlo desde
ahora;
y entre tanto que Asturias, ayudada
de sus nobles, sobre un luciente
escudo
levanta en vos á su primer Monarca,
dignaos de aprovar nuestros deseos.
Pel. Mi amistad los acepta.
Sue. Ya está echada la suerte;
hablad, Señor.
Pel. Vamos al punto
á disponer el modo; y pues la saña
del opresor encierra en el Castillo
á muchos de los nuestros, cuya es-
pada
lidiará á nuestro lado, en socorrerlos
pensemos desde luego: (1) tu repara
en tanto las ideas de Munuza, (da
y pues no le eres sospechoso, guar-
con él una discreta indiferencia;
quiza esta precaucion es necesaria,
y en qualquier contratiempo nos
conviene
penetrar sus ardides, y sus trazas:
idos. Al punto os sigo, quiera el
cielo
volver por nuestro honor, y el de su
causa.

ESCENA SEGUNDA.

Pel. Grandes é ilustres Manes de los
Heroes,
que oprimieron las furias Africanas,
triste sombra del misero Rodrigo,
augusta Religion, promesas santas,
ya ha llegado por fin aquel momento
en que deben los filos de esta espada
castigar tanto ultrage padecido!
Con la sangre de Agar, que nues-
tras lanzas
van á extraer de los traidores pechos,
se lavará tu afrenta, ó dulce Patria!
y tu noble inquietud de los mortales,
tu amable pundonor, ven y em-
embriaga
nuestro fiel corazon con tus dul-
zuras,
infunde un santo ardor en nuestras
almas;
pero quien á esta hora? O Dios!
Munuza.

ESCENA TERCERA.

Munuza. Acmeth... Guardias (2)
Acm. Ya está la ceremonia preparada
con el mayor secreto. El sacerdote
mismo ignora el motivo, y de esta
rara
resolucion ninguno se ha instruido.
Sin embargo, la creo algo arriesgada:
pocas horas habra que vi á Pelayo
profundamente triste, si le ultrajas
se ofenden sus amigos; de una
afrenta,
nace una sedicion, y esta quebranta
los nudos de la paz. Tambien se ha
dicho
que Pelayo esta tarde convocaba
los nobles de Gijon... En fin... Yo
dudo...
Mun. Nada dudes, Acmeth, ni temas
nada:
yo voy á acelerar este himeneo,
y una vez concluido con su hermana,
será en él necesario el sufrimiento;
tal hay que corre ciego á la ven-
ganza (ma;
de un agravio, y al fin no la consu-
el tiempo, el ruego, y la razon le
aplacan.
Pero acaso Pelayo ó sus amigos
osarán oponer su fuerza flaca
contra el único dueño de sus vidas?
Acmeth, todo promete á mi espe-
ranza
un suceso feliz, aun el tamaño de

(1) *A Sueto.* (2) *Con hachas á lo lexos.*

de esta accion peligrosa, y temeraria
basta para asustar á los cobardes.
Ve en busca de Ormesinda, haz que se traiga
á mi vista, yo quiero prevenirla.
Acm. Ella viene hácia aqui, Señor.
Mun Pues marcha,
y haz que todo esté pronto.

ESCENA QUARTA.

Munuza. Ormesinda. Ingunda. (1).
Orm. Perdonadme,
Señor, si vengo en hora tan estraña
á interrumpir vuestra atencion; dignaos
de decirme si acaso mi desgracia
ó vuestra ira alexan de mis brazos
á un hermano infeliz. Yo desdichada
podria consolarme en su presencia;
pero vos retirais de quanto ama
á un corazon, que en nada os ha ofendido. (infausta
Mun. Otra inquietud mas grave, y mas
ocupa el de Munuza en este instante,
y él os va á dar la última, y mas clara
prueva de su pasion, y sus bondades.
Quando intento mostraros de mi saña
todo el resentimiento, me detiene
no se que oculta voz que por vos habla;
vos ignorais sin duda todo el riesgo
á que os espuso la cruel constancia,
con que habeis resistido mis deseos.
Yo debiera odiar á una alma ingrata
que desaira mi amor, y este amor mismo
me inclina sin arbitrio á perdonarla.
Orm. Pues, Señor, castigadme. Yo consagro (bastan
mi vida á vuestto enojo, y pues no
á separaros de un horrible intento
los mas santos derechos, vuestra saña
acabe de oprimir el triste resto
de mis amargos dias.
Mun. Pero, ingrata (los
quando olvidando mis ardientes ze-
á perdonaros el amor me arrastra,
no ois en vuestro seno inexôrable
alguna voz que aprueve de esta llama
el invencible ardor? Cruel! Vos misma
os obstinais en irritar mi saña?
Y solo mis crueldades son objeto
de vuestro injusto ruego! Quien pensara
hallaros insensible á los alhagos
del trono, y á la gloria soberana
de dar ley sobre el paterno solio,
y de enjugar los llantos de la Patria
reynando en el afecto de Munuza!
Pero que? Os lisongeais que mas templada
mi violenta pasion.. No, yo no puedo
resolverme á perderos... Ni mi alma
podrá sufrir tan vergonzosa idea.
En este caso, el odio y la venganza,
armarian mi brazo poderoso
contra un ribal que logra vuestras ansias,
y contra un falso amigo, cuya sangre
(de Munuza hasta ahora idolatrada)
la verterá Munuza á vuestros ojos
si le creeis indigno de lograrla.
El amor la hizo objeto de mis ruegos,
el odio la hará el blanco de mi rabia:
sobre las ruinas del augusto trono
á que quise elevaros, la venganza
irá acinando extragos y trofeos.
Y en el torrente inmenso de mi saña
los restos infelices de una estirpe
que hoy respeta mi brazo, serán gradas
por donde suba al soberano solio;
pero ay! de qué me sirve esta esperanza,
si yo os pierdo, cruel! Entre mis glorias,
si vos no las haceis dulces y gratas,
ha

(1) *Guardias con hachas á lo lexos.*

hallaré mas que horror y desconsuelo?
No. Vos me ayudareis á disfrutarlas
con vuestra mano. En fin, yo estoi resuelto,
el altar está pronto, preparada
la nupcial pompa, y el Ministro espera: (ga
sea, pues, vuestra mano, ilustre pa-
de mi pasion, venid conmigo al templo,
y lo que está en arbitrio de mi saña
concededlo al amor y á la ternura.

Orm. Quan en vano esperais que mi constancia (no
ceda á vuestro furor, y quan en va-
pretendeis que cobarde y asustada
dexe la senda en que el honor me puso.
El cielo enternecido á mis instancias
me va á hacer superior á vuestra furia,
vos poneis á mis ojos la venganza,
su horror y sus ultrages. Yo estoi viendo
muerto á Rogundo, y que en su pecho rasga
una mano cruel mi triste imagen;
sepultado á mi hermano entre las altas
ruinas del imperio de sus padres,
me hace extremecer. Miro en las aras
arder cobarde el religioso fuego.
Desde el altar con mano ensangrentada
me ofrece una corona la justicia...
Qué de engaños, ó Dios! Qué de asechanzas (cella!
contra el honor de una infeliz don-
Pero este mismo honor, que es la mas santa
de las obligaciones, el recuerdo
de mi cuna, la fe de mi palabra,
el amor, la virtud y el cielo, todo
sostiene y fortalece mi constancia
contra un amor cruel y artificioso.
Quando vos completeis vuestra venganza, (tos,
no estaré menos firme en mis inten-
por mantener la fe de mi palabra,
y no violar un vinculo tan santo:
vos vereis que llorosa y resignada,
pierdo un hermano, pierdo un tierno esposo,
y pierdo, ay Dios! la siempre dulce Patria.
Despues que esté desamparada y sola
me arrastrareis con mano temeraria
hasta el pie del altar; pero alli mismo renovaré mi amor y mi palabra
al infeliz Rogundo, y pondré al cielo
por testigo de vuestra injusta, osada
y sacrilega accion. Si. Yo os lo juro
y no espereis, cruel, que vuestra llama,
el talamo nupcial, ni los altares
le puedan arrancar á mi constancia
la mas leve caricia. No: Munuza,
será un berdugo eterno de mi alma.

Mun. O Dios! todos me insultan. Yo no puedo
vancer esta pasion! Muger ingrata
Yo os haré conocer... Ola soldados.

ESCENA QUINTA.

Munuza. Ormesinda. Kerim. Ingunda.

Ker. Señor?

Mun. Kerim, al punto con mi guardia
lleva á Ormesinda al templo. Yo te sigo.

Orm. Pero cruel, no ois:::-

Mun. Kerim, llevadla.
Yo pretendo agotar, fiera enemiga,
todo vuestro rigor.

Orm. O cielo! Ampara
mi inocente virtud en este trance.

ESCENA SEXTA.

Munuza.

Mun. No se como es capaz la devil alma
de una muger, de tanta resistencia:
algun genio infernal en sus entrañas
ha derramado el odio desabrido!

To-

Todo el mundo me ofende. Todos
 tratan (to
de abatir mi altivez...un brazo ocul-
mi amor, y mis proyectos desba-
 rata. (do
Acaso el cielo injusto está de acuer-
con los que me abandonan? Qué su
 saña (rio
querria trastornar::- Ah, qué marti-
para un pecho amoroso, ver frus-
 tradas
tantas ideas dulces y alhagueñas!
Pero qué dudo? Amor, tu voz me
 llama
á poseer las gracias de Ormesinda,
tu mismo en los altares me preparas
una dulce coyunda, que ella misma
no podrá desatar. Union sagrada!
tu no serás inutil. Son eternos
los santos nudos hechos en las aras:
no los puede romper un pecho in-
 docil; (grata,
pero aunque lo pretendas, alma in-
qué me podrá importar si te poseo,
tu odio pertináz? Fortuna, acaba
de coronar mis dichas. Yo desprecio
un escrupulo insano, que á mis an-
 sias (pechos
se pretende oponer. Turve otros
el vil remordimiento, y el que afana
por ascender al trono, que no escu-
 che,
importuna virtud, tus voces flacas.
Mas qué rumor se escucha tan es-
 traño.
O Dios! qué puede ser?

ESCENA SEPTIMA.

Munuza. Kerim. Soldados.

Ker. Señor.
Mun. Quién causa
 este rumor, Kerim?
Ker. Somos perdidos,
 si no envias socorro á nuestra guar-
 dia:
 en Gijon se conspira...
Mun. Se conspira?
 Y contra quién?
Ker. Señor, casi se hallan
 todos sus moradores conmovidos:
 apenas de nosotros escoltada
 salia para el templo la Princesa,
 quando el mismo Pelayo puesto en
 arma,
 y algunos de los suyos nos salieron
 al encuentro. La vista de su herma-
 na (viendo
 le sorprendió al principio; pero
 que vuestra tropa al templo la lle-
 vaba
 se arrojó hácia nosotros impetuoso,
 se detiene, nos mira, y con la lanza
 enristre, y lleno de ira, Moros (dice)
 viles Moros, no asi con mano osada
 profaneis el decoro de mi sangre;
 se vuelve hácia los suyos, les en-
 carga (bisten,
 defiendan á Ormesinda, y nos em-
 todos siguen su exemplo, vuestra
 guardia (arriba,
 les hace frente: el brabo Acmeth
 todos se mezclan, y la lid se traba;
 y yo viendo, Señor, que este acci-
 dente
 puede tener resultas bien infaustas,
 me adelanto á avisaros.
Mun. Entre tanto (da,
 que voy á socorrerlos con mi espa-
 parte, amigo, apresurate. En el
 Puerto
 y en el Castillo, se hallan redobladas
 las centinelas; llevalas al choque,
 infundelas aliento, y haz que caiga
 su rabioso furor sobre los viles.
 Amor, haz tu sangrienta mi ven-
 ganza. (1)

ES-

(1) *Munuza se retira por el fondo del Teatro, y Kerin entra al Castillo por la puerta que sale á la Escena, dexando en ella alguno de sus Soldados, y vuelve á entrar á darle aviso luego que Suero y los demás parecen en el teatro.*

ESCENA OCTAVA.

Orm. Ing. Suero. Y algunos Españoles.

Suer. Señora, huid, buscad algun asilo.
perdonad sino puede nuestra espada
daros otro socorro. Nuestro Xefe
peligra, y en su vida soberana
tiene la Patria su mayor apoyo.
Orm. O Suero! Qué? Me encargas
que me retire? Quieres que Ormesinda
sobreviva á la ruina de su Patria?
Suer. Y os quereis quedar sola? Estar expuesta
á la furia? (1)

ESCENA NONA.

Ker. las centinelas, y los dichos.

Ker. Ah traidores!
Suer. Qué desgracia!
Señora, huid.
Ker. Dexad á la Princesa,
alevosos.
Suer. Primero, vil canalla,
perderemos la vida en su defensa. (2)

ESCENA DECIMA.

Ormesinda. Ingunda.

Ing. Venid, Señora: huyamos: mis pisadas
os guiarán á algun asilo oculto.
No expongais vuestra vida desdichada
al furor de unas tropas que nos buscan.
El hondo mar, las cóncavas montañas,
resuenan con los gritos de los nuestros,
léjos de este terreno dó las armas
van sembrando la muerte y los horrores,
la paz, y los consuelos nos aguardan;
corramos á implorarla.
Orm. O cielo! Dónde
podrán huir dos vidas desdichadas,
que vos abandonais? Ah! Vuestro ceño,
vuestro ceño descarga hoy sobre España,
los últimos y mas violentos golpes.
Munuza triunfa, y su funesta rabia...
Munuza triunfa? O Dios! Y que destino
será el tuyo muger desventurada?
Tú vas á estar sobre el sangriento trono,
hecha el objeto de una torpe llama,
cercada de enemigos y de angustias:
quando lloren tus ojos la desgracia
de tu familia, el odio insaciable
traerá á tu presencia sepultadas,
en horror y ceniza las ruinas,
las tristes ruinas de la augusta España.
El esposo.... el hermano.... tus apoyos,
víctimas de la furia sanguinaria
del opresor.... sobre sus tristes cuellos,
pronta á herir la funesta cimitarra...
Llevame á su presencia, tierna Ingunda,
que nos una el tirano en la desgracia.
Y vos gran Dios, que desde el alto trono
mirais tranquilo la afliccion de España
y la desolacion de vuestro pueblo;
vos, cuya voz decide las batallas,
forma, ensalza, y arruina los Imperios,
quereis que el desenfreno, y la ignorancia
profanen vuestra herencia, y vuestro nombre?
Enviad, Señor, sobre la vil canalla
un Angel destructor que la extermine:

en-

(1) *Kerim vuelve á salir por la puerta del Castillo.* (2) *Suero y los suyos entran por el centro del teatro acuchillando á los moros.*

enviad un vengador de vuestra causa:
ved que sin este auxílio perecemos.
Que venga: que socorra nuestras ar-
mas: (les;
que arranque la victoria á los infie-
que los confunda, y triunfe la Ley
Santa.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Suero, y algunos Ciudadanos de Gijon. (1)

Suer Qué horror! O Santo Dios! de
vuestra ira
los efectos se ven en todas partes.
La sangre corre, y sobre nuestros
muros (darte.
la muerte ha desplegado su estan-
Pelayo, nuestro apoyo, está en
peligro: (trance
quién de vosotros, quién en este
no arriesgará la vida en su defensa?
Si un oportuno esfuerzo no substrae
su persona del riesgo, nos perde-
mos:
oprimidos los nuestros, todo el ayre
pueblan de tristes, y llorosos gritos;
y un eco paboroso por los mares
va esparciendo el clamor de la ven-
ganza.
La victoria que estuvo vacilante
hasta ahora, se inclina á los infieles;
y ya el Leon de nuestros estan-
dartes
se humilla ante las colas Africanas.
Pero permite el cielo favorable
que aun nos quede un recurso: este
Castillo
que es al presente pavorosa carcel,
donde el valor de Asturias desfallece
y donde arrastra una cadena infame
la nobleza Española, se ha quedado
sin centinela alguna: en el combate
siguen todas las huellas de Munuza,
corramos pues á socorrer leales
á nuestros compañeros, franqueando
una salida al mar por la otra parte
que corresponde al muelle... mas
que veo? (2) (cance
Los nuestros se retiran, y en su al-
corren enardecidos los Moriscos;
amigos al Castillo. Antes que acabe
de hacernos infelices la victoria. (3)

ESCENA SEGUNDA.

Pelayo. Acmeth. Soldados.

Acm. Sosegaos Señor, y perdonadme
si serví de instrumento á vuestra
ruina. (te,
Yo venero á mi Rey en su estandar-
Munuza es quien le rige y le obe-
dezco;
sin embargo, no miro vuestros males
con animo tranquilo. Vuestro brio
siempre (á pesar del riesgo) incon-
trastable, (vidia
os ha hecho acreedor á nuestra en-
y nuestra compasion.

Pel. El inconstante
capricho de la suerte, eleva un dia
lo que al siguiente sin razon abate;
un corazon constante nunca debe
ceder á estas mudanzas; los cobar-
des (roe,
se humillan al destino; pero el He-
sufre inmovil su alhago, y sus em-
bates.

Acm. Ve aqui de la virtud el puro
idioma. (grandes!
Oh altivos Españoles! Oh almas
De que te sirve el brio, y la bra-
bura,
tostado Berberisco, si un desastre
lle-

(1) *Salen por la puerta de la Marina, y se encaminan al Castillo.* (2) *Kerim, y algunos Moros atravesarán el fondo de la Escena persiguiendo á los Christianos* (3) *Suero, y los suyos entran al Castillo y despues se presenta Pelayo prisionero y Acmeth.*

lleva el desmayo al fondo de tu pecho! (b e

Pel. (1) Alto muro, testigo respeta-
del antiguo valor de los Astures,
llora nuestra desgracia, las edades
futuras en tus altos torreones,
veran luego un padron abominable,
que publique y estienda nuestro oprobio
á la posteridad; el mas brillante
blason de tu grandeza, Gigia ilustre,
se ha convertido en vergonzosa carcel. (pos!
Oh voluble fortuna! Oh tristes tiem-
Ormesinda.. (2) Munuza..Ah! quántos males
nos van á resultar de esta victoria!

ESCENA TERCERA.

Munuza. Ormesinda, y los dichos.

Orm. (3) Pelayo! Cruel momento!

Mun. Qué agradables (4)
objetos me presentas, oh fortuna!
Acercaos, Señor, felicitadme,
pues logro una victoria tan completa. (5). (se,
Este dia que empieza ya á anunciar-
con luz serena aplaude mi ventura,
y el astro que le rige favorable
va á mostrarme en la cumbre de la gloria.
Ya vos no pensareis en disputarle
á Munuza, ninguna de sus dichas,
y pronta vuestra hermana, á que se acaben
todas mis inquietudes, con su mano
honrará de mis triunfos el mas grande:
á si mi amor lo espera.

Pel. En fin, tú triunfas (tes;
inhumano, me insultas y me aba-
fascinados tus ojos no conocen,
que la fortuna adula tus maldades
con un honor fugaz y lisongero.
Tú no temes al cielo, y esas frases
con que insultas la suerte de un rendido,
de tu pecho descubren el caracter.
Pero vil, mi virtud, aunque oprimida, (tes.
sabrá arrostrar tus furias, y tus ar-

Mun. Tú me hablas de virtud, y sin embargo,
supiste conspirar.

Pel. El que combate
por defender sus leyes y sus aras,
conspira noblemente. Tus crueldades, (presa,
han hecho justa y santa nuestra em-
y sino hubiese el cielo formidable
lidiado en favor tuyo, ya estaria
libre el mundo de un monstruo tan infame.

Mun. No obstante se ha dignado el mismo cielo
de proteger al monstruo que tú abates.
Reconoce orgulloso en estos golpes
las señas de su ira respetable.
Tú me llenas de injurias y baldones.
Pero dime, insolente, qué maldades
distinguen el gobierno de Munuza?
Si España está oprimida, los culpables
delitos de sus Reyes con el cielo,
su grandeza arrastraron al desastre.
Hecho el Moro Señor de todo el Reyno
por via de conquista, su estandarte
se fió á la conducta de mi brazo,
y no quise oponer un insultante
desprecio á esta confianza, y como suele
doblar la fragil caña á los embates
del recio vendaval su docil cuello,
mientras un soplo asolador deshace

to-

(1) *Mirando al Fuerte, y á la Ciudad.* (2) *Viendola.* (3). *Viendo á su hermano.* (4) *A Pelayo con falsedad.* (5) *Se retiran las hachas.*

toda la pompa del robusto roble,
cedí yo á la invasion de los Alar-
bes: (cios
pero fuê por comprar con mis servi-
la salud de la Patria; mis bondades,
y la paz que ha reinado en estos
muros,
fueron un fruto ilustre de la infame
conducta que embilece tu osadia:
tú lo sabes infiel, tú disfrutaste
la mitad de mi gloria y mis dere-
chos: (me
tu engañosa amistad pudo inspirar-
el funesto deseo de una alianza,
que ahora con orgullo insoportable,
desdeña tu altivez; y despues de
esto
querrias que Munuza abandonase
una idea tan justa, y ya explicada?
Pudiera yo sufrir que en los altares,
posponiendo mi amor y mis deseos,
otros menos ilustre se aceptasen?
Pudiera ver que tú sin mi noticia,
y á mis ojos formabas otro enlace,
(1) disponiendo de aquella ilustre
mano, (citase
sin que este atroz desprecio me ex-
á defender mi honor y mis dere-
chos?
Demasiado seguí la voz culpable
de una infiel amistad, y yo debiera
sin escuchar sus gritos gloriarme
de que puedo vengarme y opri-
mirte...,
Si, yo puedo oprimirte... Pero aun
laten
en mi seno los placidos impulsos
de una misma amistad, y mas cons-
tante (de)
(quanto tu mas ingrato y mas revel-
mueve con fuerza oculta mis pie-
dades... (lo
Por ultima razon, yo voy al tem-
á confirmar mi dicha en los altares,
ya todo se me humilla, y nadie
puede
oponerse á la gloria de este enlace.
Si vos le autorizais, todo lo olvido,
y esta ultima prueba que negarle,
no debeis á un amigo que os per-
dona, (ces.
sellará mi fortuna, y nuestras pa-

Pel. No lo espereis Munuza; muy en-
vano
renovais un proyecto abominable
que oiré con horror mientras res-
pire. (ce,
Yo no quiero admitiros á un enla-
cuyo recuerdo en los futuros siglos,
haria mi memoria abominable.
Ni quiero que se diga en tiempo al-
guno, (tante
que aquel mismo Pelayo, que cons-
supo burlar las furias de Munuza,
fué á vista del suplicio tan cobarde,
que manchando la gloria de su cuna,
mezcló á la de un traidor su ilus-
tre sangre.
Tú me llamas ingrato; pero ahora
veo qual era el fin de unas bon-
dades, (hijas
que yo no he pretendido, y fueron
de tu ambicion perversa, é insacia-
ble.
Ella solo ha regido tus acciones,
no el amor de la Patria, cuyos ma-
les
son hoy de tu perfidia triste efecto;
unido estrechamente á los cobardes
hijos, é imitadores de Witiza,
y hecho parcial de la faccion infame
del falso D. Julian, y el traidor
Opas, (bante,
fuiste de los primeros que al tur-
ofrecieron sus cultos en España.
Tu con estos rebeldes convocaste
á los feroces pueblos que abitaban
la inculta Berbería, y su estandarte
junto al de los facciosos en tu mano,
fué susto, fué terror de los leales.
La destruccion, la muerte y los es-
tragos,
que

(1) *Señala á Ormesinda.*

que lamenta tu Patria, tanta sangre
vertida cruelmente en este sitio,
tantas victimas tristes, cuyos Manes
piden sobre estos muros la venganza,
son de tus intenciones exêcrables
eternos, y funestos testimonios.
Y no tienes rubor de recordarme
los servicios que España te ha devido!
Tú, cuya autoridad es el infame
precio de la perfidia y las traiciones,
tú, que aun estás sediento de la sangre
de tus conciudadanos, y tú quieres
que Pelayo consienta en un enlace
que mancha eternamente su memoria?
No...No...lexos de serte favorable,
rindo gracias del cielo que propicio
en el último extremo de los males,
me reserva el arbitrio de abatirte
con la vergüenza de un atroz desayre.

Mun. Tú no tendras, traydor, por mucho tiempo
tan barbaro consuelo, los altares
van á ser los garantes de mi dicha,
y tú vas á morir: tiembla, cobarde.
Una muerte afrentosa será el fruto
de tus baldones.

Pel. Solo al que es culpable (justo
debe asustar la muerte, el varon
la espera sin mundanza en el semblante:
tu debieras mas bien estremecerte,
contemplando la suerte miserable
que va á llenar tus dias. Rodeado
de amigos lisongeros, inconstante
en todos tus designios, rezeloso,
hecho el horror de todos los mortales
y entregado al voraz remordimiento
vas á vivir inquieto, inconsolable,
aborrecido, y lleno de aflicciones
sobre el injusto trono. En tus umbrales
y hasta en el fondo oscuro de tu pecho
continuamente asistirá la imagen
de la palida muerte. Su presencia
vendrá á llenar de acibar tus manjares,
tú lecho de inquietudes y de sustos,
y tu aprehension de los eternos males
á que debe su brazo conducirte,
todo te dará horror; á todas partes
te seguirá mi sombra. Y en fin, siempre
llevarás arrastrando en ese infame
corazon, tu berdugo y tu suplicio:
triunfa pues, inhumano, triunfa,
aplaude (gun dia
tu dicha, y mi infortunio, que al-
pondrá límite el cielo á tus maldades.

Mun. Baste ya de delirios. Profetiza,
hombre iluso, si quieres mis desastres;
pero corre á sufrir los que merece
tu ciega obstinacion (1).

Orm. O duro trance!
ó conflicto terrible, y doloroso!

Mun. Acmeth?

Acm. Señor.

Mun. Haced que en el instante
se conduzca Pelayo al mas obscuro
calabozo del Fuerte: que se arme
entretanto un suplicio en esta Plaza: (tras arde
marcha despues al Templo, y mien-
sobre el altar el nupcial incienso,
que muera el que se atreve á despreciarme.

Orm. Pero, bárbaro, dime?...

Mun. Nada escucho:
que se cumpla mi órden al instante.

Pel. Si.. yo voy á morir... Recibe, ó cielo!
en sacrificio mi inocente sangre.
Ah! pueda ella expiar todas las culpas, (trance
que irritan vuestro ceño... En este re-

(1) *Hace seña á Acmeth de que se acerque.*

recuerda, hermana tierna, tus abue- (los,
tus Leyes, y tu honor...
Mun. Acmeth, llevadle,
y haced que me reserven su cabeza.
Ella será, traydor, (1) en mis umbrales
horroroso expectáculo que asuste
á tus imitadores. (2)

ESCENA QUARTA.

Munuza. Ormesinda. Ingunda.

Mun. (3) Los altares
estan prontos, venid; la resistencia
os será muy inutil, porque nadie
os puede defender.
Orm. O monstruo impio! (tales!
Hombre el mas vil de todos los mor-
Asombro, horror, y afrenta de tu siglo! (gre
Qué espíritu infernal contra la san-
mas ilustre conmueve tus entrañas?
Qué furia vierte en ese pecho infame
la rabia pertinaz con que persigues
á una raza inocente? Te persuades
á que podrá forzarme tu fiereza
á recibir en un funesto enlace
esa mano cruel, mano asesina,
que va á teñirse en la inocente sangre
del infeliz Pelayo? No, no quiero
unirme con un monstruo: los altares
serán solo testigos de mi odio...
Pero si acaso en este mismo instante
víctima del furor de tus ministros
la vida de mi hermano..... si su sangre (do
está pronta á correr... estoy miran-
el sacrílego azero sepultarse
en su cuello... Qué horror! Yo me estremezco.
Ahora mismo un brazo formidable...
cruel! suspende el órden inhumano... (bles (4)
No escuchas los gemidos lamenta-
que se oyen en el centro de la tierra?
O Dios! del hueco de las tumbas salen
lassombras de los que has asesinado:
yo las oigo... las veo... mira, infame,
en las trémulas manos los cuchillos,
que estan aun teñidos en su sangre:
sobre tí abren las obscuras bocas,
y fixando en tus manos criminales
la vengativa, y macilenta vista
corren despavoridas á buscarte:
todas ya te rodean... en tu seno
van á clavar rabiosas los puñales:
huye, bárbaro... ó Dios! de nuevo se oyen
los tristes alaridos... duro trance!
no puedo sostenerme.. Ingunda (5).

ESCENA QUINTA.

Munuza. Ormes. Ingunda. Acmeth.

Acm. Presto,
Señor.
Mun. Qué es esto, amigo?
Acm. Ahora salen
todos los prisioneros del Castillo.
Mientras duraba el anterior combate,
todo el Fuerte quedó sin centinelas;
y aprovechando este felíz instante
el traidor Suero y otros, violentaron
las prisiones...Al punto los cobardes
corren, y se apoderan de las armas:
furioso Rogundo, á todas partes
lle-

(1) *A Pelayo.* (2) *Acmeth introduce á Pelayo en el Castillo por la puerta que cae á la Escena.* (3) *A Ormesinda.* (4) *A Munuza, como fuera de sí.* (5) *Ormesinda cae desmayada en los brazos de Ingunda, y á este tiempo sale Acmeth apresurado por la puerta del Castillo, y Munuza asustado le sale al paso.*

lleva el horror, la muerte, y el ex-
trago.
Apenas á su vista formidable
se presentó Pelayo entre cadenas,
quando lleno de ira y de corage,
se arroja entre las picas: hiere, ma-
ta, (gre,
atropella, y bañado en nuestra san-
nos arranca la presa: el desdichado
Kerim muere á sus manos: el com-
bate
prosigue sostenido por la guardia,
cuyos cavos, valientes y leales,
aumentan el destrozo. Pero todos
los sediciosos lidian implacables
sin temor de la muerte, y los opri-
men: (trance
yo os vengo á suplicar, que en este
cuideis de vuestra vida: de ella solo
pende nuestra victoria; y si faltase,
quién pudiera librarnos de la rabia
de un pueblo enfurecido?

Mun. O suerte instable! (abismo
Hado perverso! En qué profundo
precipitas mi gloria en este instante!
Que conserve la vida me aconsejas,
y arriesgo la venganza? No, co-
bardes,
yo no os veré triunfar....

Acm. Señor, á donde
correis de esta manera?

Mun. Almas infames! (Pelayo
Pues qué? Podré sufrir que el vil
salve su odiosa vida, y sin vengar-
me (dones?
volveré á estar expuesto á sus bal-
La muerte me será mas tolerable
que su infame presencia.

Orm. Justo Cielo! (combate
Yo empiezo á respirar (1) pero el
parece que de nuevo se ha encen-
dido, (grande
crece el rumor, y cada vez mas
se hace la confusion... Ah! si los
nuestros (afable!
cansados.... Mas qué veo? O! Dios
protegedles.

ESCENA SEXTA.

Pel. algunos Españoles y los dichos.

Pel. La vida, amigos mios,
no se debe apreciar en este instante,
perdámosla en defensa de la Patria.

Mun. (2) Acmeth. Amigos. Guardias.
destrozadle. (hermano!

Orm. Bárbaro, donde vais. Ay triste

Pel. Sin la espada ya es fuerza.

ESCENA SEPTIMA.

Pel. Rog. Mun. Orm. Acm. Ing. Guardias. (3)

(4) *Mun.* (5) / *Rog.* (6) Muere infame.

(7) *Acm.* (8) / *Orm.* (9) Qué haces traidor?

Mun. Ah Bárbaro, yo muero. (10)

Rog.

(1) *Se oye ruido de armas.* (2) *Pelayo y algunos de sus amigos, saldrán por la puerta del Castillo á la Escena, retirandose de los Moros, y peleando al mismo tiempo.* (3) *Pelayo pierde la espada, y procura cobrarla defendido de los suyos: Munuza corre hácia él con un puñal en la mano: en este tiempo se habrá descubierto Rogundo en el fondo de la Escena, quien advirtiendo el peligro en que está Pelayo, corre á herir á Munuza: Acmeth, que advierte la accion de Rogundo, procura estorvarla para defender al tirano, de modo que interpuesto entre Mumuza y Pelayo, defiende sin arbitrio la vida de éste, y no la de Munuza, que cae herido por Rogundo.* (4) *Los dos á un mismo tiempo.* (5) *Munuza corre á Pelayo* (6) *Rogundo á Munuza.* (7) *Los dos á un mismo tiempo.* (8) *Acmeth queriendo estorvar á Rogundo.* (9) *Ormesinda á Munuza.* (10) *Munuza cae en los brazos de Acmeth, Pelayo se asegura de Ormesinda, y Rogundo con los demas Christianos sale persiguiendo á los Moros.*

Rog. Compañeros, seguid á estos cobardes
que el cielo nos protege.

ESCENA OCTAVA.

Pelayo. Ormesinda. Munuza. Acmeth. Ingunda.

Pel. Reconoce, (ce,
hombre cruel, en este horrible tranel brazo poderoso que me venga,
y pone fin á todas tus maldades.

Mun. Tú has vencido, traidor. El cielo injusto (tante
sobre mí ha descargado en este inslos tormentos que yo te destinaba:
yo pierdo un trono, pierdo un alto enlace, (ranzas:
y pierdo en fin, mis grandes espetú vives, tú triunfas á mis ojos, (me.
yo muero desairado, y sin vengarY esta idea, dos veces afrentosa,
me aflige y atormenta en este trance, (can.
aun mas que las angustias que me cer-
Por qué? Oh muerte! has querido arrebatarme
la venganza mas fiera, y mas gloriosa.
Acercate, cruel, mira en mi sangre (1)
el fruto de mi amor y tus rigores:
querido Acmeth, yo muero sin premiarte,
corre á excitar la ira de los tuyos,
llevales mi rencor.. (2) tiembla, cobarde,
espera un fin igual al de Rodrigo
ya mis fuerzas...amigo, separadme
de estos viles objetos que me cercan,
y llevadme á morir en otra parte.

ESCENA NONA.

Pelayo. Ormesinda. Ingunda.

Pel. Ay hermana, de qué terrible riesgo
nos ha librado el cielo favorable.

Orm. A Suero, y á Rogundo les debemos
la vida, y el honor, ó tierno amante!
Pero él se acerca.

ESCENA DECIMA.

Rogundo, y los dichos.

Orm. O dulce y fiel esposo!
En fin puede mi afecto inalterable
gozar de vuestra vida sin zozobra?
Ya el tirano murió.

Rog. Tocó su infame
corazon esta espada, mas la muerte
fué justa recompensa de los males
que ha causado á la Patria, y á nosotros: (brarse
en fin ya empieza España á recode una injusta opresion. Y vuestra vida, (tante (3)
Señor, es un anuncio el mas consde los triunfos que el cielo nos ofrece.

Pel. Yo os la debo, Señor, y en esta parte
á vos tambien se deberá la gloria,
vamos pues á buscarla, vamos antes
que puedan los contrarios rehacerse,
huyamos de estos fúnebres parages
á buscar un asilo en las montañas:
en su fragosa cima insuperables
seremos al orgullo Berberisco,
y si entre tanto llega algun instante
de menos inquietud, agradecida
dará Ormesinda á tan heroyco amante
la apetecida mano.

ESCENA ULTIMA.

Suero y los dichos.

Pel. Tierno amigo! (4)
nuestro libertador! Corre á abrazarme. (renos

Sue. Ya todo está en quietud, los Agaque huyeron asombrados del combate

van

(1) *A Ormesinda.* (2) *A Pelayo.* (3) *A Pelayo.* (4) *A Suero.*

van ya lexos del puerto, sus galeras,
les dieron un asilo, y los cobardes
salvan favorecidos de los remos
el resto de sus vidas exêcrables.
Pero, Señor, se sabe que Munuza
para poder mejor asegurarse
en sus viles ideas, ha pedido
socorro á los soldados que se esparcen
por las costas de Asturias y Vizcaya;
ellos vendrán sin duda á este parage
con el primer aviso; y pues nosotros
pudimos redimir de tantos males
vuestra ilustre persona y nuestras vidas,
vamos, aprovechando estos instantes,
á buscar otro asilo mas seguro
donde la libertad que aquí renace
se afirme con acciones valerosas.

Orm. O feliz dia! O dia memorable!

Se hallará en la Librer'a de Castillo, frente las gradas de San Felipe el Real; en la de Cerro, calle de Cedaceros; en su puesto calle de Alcalá; y en el del Diario, frente Santo Thomas, su precio dos reales sueltas, y en tomos en pasta á 20 cada uno, en pergamino à 16, y á la rústica à 15, y por docenas con mayor equidad.

EN-

EN LAS DICHAS LIBRERIAS Y A LOS PRECIOS REFERIDOS se hallarán las siguientes.

Las Victimas del Amor.
Federico II, primera y segunda parte.
Las tres partes de Carlos XII.
La gran piedad de Leopoldo el Grande.
La Jacoba.
El Pueblo Felíz.
La Hidalguia de una Inglesa.
La Cecilia, primera y segunda parte.
El Triunfo de Tomiris.
Luis XIV. el Grande.
Gustabo Adolfo, Rey de Suecia.
La Industriosa Madrileña.
El Calderero de San German.
Carlos V sobre Dura.
De dos Enemigos hace el amor dos amigos.
El Premio de la Humanidad.
El Hombre convencido á la razon, ó la Muger prudente.
Hernan Cortés en Tabasco.
Por ser leal y ser noble dar puñal contra su sangre.
La Justina.
Acaso, astucia y valor, vencen tiranía y rigor, y Triunfos de la lealtad.
Aragon restaurado por el valor de sus hijos.
Los tres Mellizos.
Quien oye la voz del Cielo convierte el castigo en premio, ó la Camila.
La Virtud Premiada, ó el Verdadero buen Hijo.
Caprichos de amor y zelos.
El Severo Dictador.
La fiel Pastorcita y Tirano del Castillo.
Troya abrasada.
Mas sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la agena, y natural Vizcayno.
El Sol de España en su Oriente, y Toledano Moyses.
El mas Heroyco Español, lustre de la antigüedad.
Jerusalen conquistada por Gofredo de Bullon.
El amor perseguido, y la Virtud triunfante. Con saynete, las Besugeras.
Defensa de Barcelona, por una fuerte Amazona.
De un Acaso nacen muchos.
El Hidalgo Tramposo.
Orestes en Sciro, Tragedia.
La Desgraciada Hermosura, ó Doña Ines de Castro, Tragedia.
El Alba y el Sol.
Juego completo de diversion casera para Navidad, y Carnes-Tolendas Tragi-Comedia, la Virtud aun entre Persas Lauros y Honores grangea, con Loas y Saynetes.
El Tirano de Lombardia.
Como ha de ser la Amistad.
La Buena Esposa. Drama heroyco en un acto.
Fl Felí Encuentro.
La Viuda generosa.